libros del
Zorzal

PIERRE BOURDIEU

Pensamiento y acción

Pensamiento y acción

PIERRE BOURDIEU

Pensamiento y acción

libros del
Zorzal

TÍTULO ORIGINAL
Interventions 1961-2001. Sciences sociales et action politique. Textes choisis et présentés par Franck Poupeau et Thierry Discepolo.
© Éditions Agone, Marseille, France, 2002

TRADUCCIÓN
OCTAVIO KULESZ

DISEÑO
IXGAL

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación Victoria Ocampo, ha recibido el apoyo del Ministère des Affaires Etrangères y del Servicio Cultural de la Embajada de Francia en la Argentina.

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien du Ministère des Affaires Etrangères et du Service Culturel de l'Ambassade de France en Argentine.

© Libros del Zorzal, 2002
Buenos Aires, Argentina

CREATIVE COMMONS

ISBN 987-1081-08-1
Libros del Zorzal
Printed in Argentina
Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de *Pensamiento y acción*, escríbanos a: info@delzorzal.com.ar

www.delzorzal.com.ar

Se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2002
en los Talleres Gráficos Nuevo Offset
Viel 1444, Capital Federal

Indice

Prólogo 9

I. *Apoyo a las luchas sociales. De diciembre de 1995 a "Raisons d'agir"* 13

1. Vuelta a las huelgas de diciembre de 1995 15
2. Llamado por los estados generales del movimiento social 23
3. Combatir la xenofobia de Estado 25
4. Hartos del racismo de Estado 27
5. El neoliberalismo cono revolución conservadora 29
6. Las acciones de los desocupados arden 39
7. Por una izquierda de izquierda 43
8. Vivimos una era de restauración 49
9. Actualidad de Karl Kraus Manual contra la dominación simbólica 51

II. *Los medios al servicio de la revolución conservadora* 59

1. Cuestión de palabras. Una visión más modesta del rol de los periodistas 61
2. La miseria de los medios 67
3. Interrogantes acerca de un *quiproquo* 77
4. ¿Puede la televisión criticarse a sí misma? 79
5. Preguntas a los verdaderos amos del mundo 91

III. *Resistiendo a la contrarrevolución liberal* 101

1. Carta abierta a los miembros de la misión de la ONU en Argelia 103
2. Llamado europeo a una paz justa y duradera en los Balcanes 109
3. Por una Austria en la vanguardia de Europa 113
4. Manifiesto por los estados generales del movimiento social 117
5. La nueva vulgata planetaria 121
6. Carta abierta al director general de la UNESCO a propósito de la amenaza del AGCS 131
7. La Europa social trastabilla 137
8. Por una verdadera movilización de las fuerzas organizadas 139
9. Por una organización permanente de resistencia al nuevo orden mundial 145
10. Los investigadores y el movimiento social 151

Prólogo

Las intervenciones públicas de Pierre Bourdieu desde las huelgas de diciembre de 1995 en Francia fueron objeto de condenas virulentas, en especial por parte de aquellos periodistas e intelectuales mediáticos cuyo poder había sido analizado por el sociólogo. Se lo acusó de descubrir tardíamente la acción política, de abusar de su notoriedad científica e incluso de regresar a formas intelectuales anticuadas. Lo que resultaba chocante era, ante todo, el hecho de que un experto interviniera, llevando su crítica implacable al dominio político. ¿Por qué este "mandarín" descendía a las calles?

Las apariciones del sociólogo en el espacio público se remontan, no obstante, a los tiempos de su ingreso en la vida intelectual, a comienzos de los '60, a propósito de la guerra de Argelia. A partir de ese momento, una reflexión constante sobre las "condiciones sociales de posibilidad" del compromiso político lo lleva a distanciarse tanto respecto del cientificismo aleccionador como del "espontaneísmo", tan frecuente en aquella época, de los "intelectuales libres".

La presente compilación tiene por objetivo no sólo acercar diversos textos "políticos" o "críticos" a menudo poco accesibles o inéditos en español, sino también invitar a leer una obra muchas veces neutralizada y bloqueada por sus condiciones académicas de recepción. Esta colec-

ción de diálogos, análisis y textos de circunstancia y escritos que reaparecen en los libros bajo una forma más sofisticada intenta rescatar la última etapa del itinerario de un estudioso que consiguió articular como pocos la investigación científica y la participación política: nos referimos a ese trabajo de conversión de las pulsiones colectivas en impulsos críticos que otorga a la sociología ese alcance o esa utilidad sin la cual, como decía Durkheim, "no valdría ni una hora de esfuerzo", pero también a esa vigilancia que permite a la ciencia social ayudar a romper con los problemas políticos y sociales banalizados por la "actualidad", arrojándoles nueva luz.

La primera de las secciones que componen este libro contiene las principales intervenciones de Pierre Bourdieu en favor de luchas sociales puntuales, desde el ya mencionado apoyo a las huelgas de 1995 hasta la reivindicación de los movimientos de desocupados y otras víctimas de las políticas neoliberales implementadas incluso por gobiernos socialistas. En la segunda parte encontramos encendidos análisis del poder –y abuso de poder– de los medios, con permanentes alusiones a la concentración creciente de una "industria cultural" que ha engendrado a nuevos y temibles "amos del mundo". En la última de las secciones, Bourdieu, poniendo en juego todo su prestigio, llama a luchar y resistir contra el poder conservador que invade la escena internacional.

Podemos decir con dolor que la presión de los grupos financieros y corporativos consiguió –por lo menos hasta hoy– torcer el brazo de nuestros países latinoamericanos, y que las herramientas necesarias para revertir tal resultado no son fáciles de hallar. La misma pelea se traslada a ritmo acelerado al campo europeo e incluso estadounidense, y posiblemente asistamos a conflictos cada vez más

duros en esas regiones. Pierre Bourdieu, quien lamentablemente ya no está entre nosotros, abordó el tema sin ambages: el avance destructor de estos grupos arrasará con la política, las naciones, la cultura y el medio ambiente, a menos que las fuerzas progresistas de todo el mundo actúen sin demoras y conformen un movimiento de resistencia a escala planetaria.

THIERRY DISCEPOLO
FRANCK POUPEAU
OCTAVIO KULESZ

I

Apoyo a las luchas sociales.

De diciembre de 1995 a "Raisons d'agir"

1

Vuelta a las huelgas de diciembre de 1995*

En Francia, al igual que en Alemania, numerosos intelectuales y políticos opinaron que las huelgas de diciembre de 1995 [1] *eran retrógradas y corporativistas. ¿No podrían considerarse, por el contrario, como movimientos de reacción frente a las políticas neoliberales de retirada del Estado, en conformidad con los criterios de Maastricht* [2]*?*

Nunca la subordinación de ciertos intelectuales respecto de las fuerzas políticas y económicas había sido tan visible como cuando se produjo ese movimiento, absolutamente sorprendente por su amplitud y su duración. No conformes con describirlo como una especie de movimiento reaccionario, retrógrado, arcaico, nacionalista y aun racista (como hizo Michel Wieviorka [3] en un artículo de *Le Monde*), algunos –sobre todo periodistas, con los privilegios que poseen, pero también "filósofos del periodismo"– denunciaron los

---

* Diálogo con Margareta Steinrücke publicado en *Sozialismus*, n°6, 1997.

1 Huelga de transportes públicos que duró tres semanas y tuvo un amplio acatamiento. (N. del E.)

2 Referencia al tratado aprobado en 1991 en la ciudad holandesa de Maastricht por los líderes de los estados europeos. El acuerdo fue ratificado y entró en vigor el 1° de noviembre de 1993. (N. del E.)

3 Sociólogo, director del CADIS, laboratorio fundado por Alain Touraine. Firmó en diciembre de 1995 la petición en apoyo a la política del gobierno de Alain Juppé. (N. del E.)

privilegios de los huelguistas, en especial los de la SNCF[4], "aferrados" a la defensa de sus conquistas. Y todo esto sin tener en cuenta los signos que dicen lo opuesto. Por ejemplo, cuando se produjo la manifestación de la estación de Lyon y yo expresé la solidaridad de los intelectuales –o, para ser exactos, de una fracción de ellos– los huelguistas recibieron encendidos aplausos de la masa de asistentes. Además de los portavoces de diversos sindicatos estaban los movimientos en apoyo a los sin-techo, indocumentados e inmigrantes en general. Esta solidaridad de los trabajadores con los desocupados y los inmigrantes no dejó de afianzarse desde entonces, por ejemplo con el movimiento de "desobediencia civil" contra la consolidación de las "leyes raciales" denominadas ley Pasqua. Los periodistas e intelectuales que hablaron de "populismo" para referirse a este movimiento, a fin de establecer el paralelo con el Front National[5] y Le Pen, son estúpidos o deshonestos, o ambas cosas a la vez; pienso por ejemplo en Jacques Julliard, más conocido como editorialista del *Nouvel Observateur* que como historiador, quien en una obra dedicada al año 1995 pretendía colocarme en la misma bolsa que Pasqua. Este amalgama también se halla en la base de la crítica conservadora a todos los cuestionamientos a la Europa de Maastricht y a la política neoliberal que se practica en su nombre. En todos los casos, se trata de excluir la posibilidad de una crítica de izquierda a una política económica y social reaccionaria que se oculta con un lenguaje liberal y hasta libertario –"flexibilidad", "desregulación", etc.– y que nos presenta esta libertad forzada como un destino inevitable, con el mito de la "globalización".

---

[4] Société Nationale des Chemins de Fer, empresa ferroviaria francesa. (N. del E.)

[5] Partido de extrema derecha liderado por Jean-Marie Le Pen. (N. del E.)

Las huelgas de 1995 en Francia parecen haber jugado un rol precursor en Europa. A partir de allí surgieron movimientos de protesta en otros países, sobre todo en Alemania, con los mineros, los trabajadores del sector siderúrgico o las movilizaciones contra el desmantelamiento del Estado Social. ¿Esto no invalidaría el tema del "fin de la historia" –como lucha de clases– desarrollado por los conservadores luego de la caída de los regímenes llamados "comunistas"?

Efectivamente, el movimiento francés, que tuvo repercusiones inmensas en toda Europa –un poco como en 1848– contribuyó sin duda a acelerar la toma de conciencia y en especial a demostrar que, a pesar del desempleo masivo y la precarización del conjunto de los trabajadores manuales e intelectuales, un movimiento era posible.

Nada me causó más satisfacción –y no sólo a mí– que los innumerables testimonios de solidaridad dirigidos al movimiento de diciembre de 1995 y también la referencia explícita que hicieron los huelguistas alemanes al movimiento francés. Pero lo más importante es que en todas partes se comprendió lo que se escondía detrás de la invocación a la necesidad económica: el regreso a una forma modernizada de capitalismo salvaje y la demolición del Estado Social. Creo en efecto que el desplome de los regímenes "comunistas" o "socialistas" –si bien no tuvo nada que ver con el fin de la historia– dio a los dominantes una ventaja provisoria en la lucha por la imposición de las condiciones más favorables a sus intereses. Y así vimos reaparecer formas de explotación propias del siglo XIX o aun peores, en cierto sentido, en la medida en que introdujeron las estrategias más modernas del *management* al servicio de la maximización del beneficio.

¿Qué fue lo que lo incitó a solidarizarse con los huelguistas, en oposición a numerosos intelectuales franceses que se mantuvieron al margen o llegaron a mostrarse hostiles frente al movimiento? ¿Qué lo llevó a dar ese discurso en presencia de los ferroviarios de la estación de Lyon y a aparecer –por ejemplo en Alemania– como la única referencia crítica de la Europa liberal de Maastricht?

Indudablemente ya estaba preparado por mis investigaciones –pienso en particular en *La misère du monde*[6]– para comprender la significación de un movimiento contra el retiro del Estado. Mientras que la mayoría de los intelectuales entonaban loas a la salud del liberalismo, yo pude evaluar los efectos catastróficos que habían producido las primeras medidas liberales, por ejemplo en el terreno de la vivienda. También veía las consecuencias de la "precarización" de los empleos tanto en la función pública como en el sector privado: pienso en los efectos de censura y "conformismo" derivados de la inseguridad laboral, en especial en la producción y transmisión cultural, entre la gente de radio, de televisión, entre los periodistas y también cada vez más entre los profesores. A diferencia de la mayoría de los "intelectuales" que toman la palabra en los medios, yo estaba, gracias a mi trabajo, al tanto de la realidad del mundo social, sin ser víctima de las deformaciones que se originan en la fe en las construcciones formales, problema típico de muchos economistas. Considero que la autoridad de la economía y de los economistas fue sin duda uno de los factores de la complicidad que numerosos intelectuales otorgaron al discurso dominante o, por lo menos, de la reserva en que se mantuvieron, convencidos de que no poseían la competencia necesaria para evaluar adecuadamente los discursos sobre la "globalización" o sobre las res-

6 Versión en español: *La miseria del mundo*, Madrid, Akal, 1999. (N. del E.)

tricciones económicas asociadas al tratado de Maastricht. El efecto de teoría se ejerció principalmente sobre los intelectuales pero también, más sutilmente, sobre los líderes de los movimientos sociales y los trabajadores, a través de la *doxa* económica que la radio y la televisión no dejaron de emitir y que recibió la aprobación de pequeños intelectuales vagamente impregnados de cultura económica, como el caso de los ensayistas de la fundación Saint-Simon[7]. Esto es lo que hoy hace particularmente necesaria la intervención de investigadores informados y preparados para combatir en igualdad de condiciones contra los habladores a menudo ignorantes que, decididos a imponer una visión puramente económica del mundo político, se apoyan en la autoridad de una ciencia que no manejan. De hecho, este discurso dominante es extremadamente frágil y alcanzaba con trabajar un poco para darse cuenta de ello. Pero en estas cuestiones los intelectuales prefieren recurrir a las impresiones de la opinión o a los veredictos de los periodistas. Recuerdo por ejemplo haber expresado ciertas dudas sobre el credo de la "globalización" –y la "relocalización", su variante pseudo-marxista–, observando que la parte de las importaciones europeas de bienes provenientes de países no europeos, si bien aumentó ligeramente a lo largo de los últimos treinta años –cerca del 1%–, proporcionalmente es muy baja –menos del 10% del producto bruto interno (PBI). Los intercambios de Europa con los nuevos países industrializados, como los del sudeste asiático, representan un poco menos del 1% del mismo PBI europeo. Es, como vemos, el mito de Hong Kong y Singapur, nueva variante del famoso "peligro amarillo" que se nos arrojó –igual que

[7] Desde su creación en diciembre de 1982, la fundación Saint-Simon reunió a universitarios, empresarios y altos funcionarios que se consagraron a un trabajo ideológico en favor del social-liberalismo. (N. del E.)

el mito japonés para los estadounidenses– para justificar como necesarias, inevitables y fatales las políticas de demolición de las conquistas sociales de los trabajadores. Un hecho semejante, que cualquiera con un pequeño esfuerzo podía constatar y que, una vez quebrada la evidencia de la *doxa* –ruptura para-dójica[8] que incumbe al verdadero investigador–, circula hoy cada vez más –¡sin alcanzar todavía a los periodistas!–, es suficiente para arruinar todos los discursos fatalistas e impedir que la "globalización" cargue con todas las desgracias de la época, empezando por el desempleo. Tal vez lleguemos incluso a descubrir que una política europea común destinada a prohibir el *dumping social*, que tiende a agravar las cosas en términos de conquistas sociales, podría neutralizar los efectos funestos de la competencia; y, más precisamente, a notar que una política de reducción del tiempo de trabajo sin reducción de salario en el conjunto de los países europeos aportaría una solución al desempleo sin acarrear ninguna de las consecuencias catastróficas que se invocan para oponerse a esa medida.

Puede verse por lo tanto que yo no fui tan irresponsable ni irrealista cuando sostuve, en diciembre de 1995, que la huelga tenía como objetivo defender las conquistas sociales de una fracción de los trabajadores y, a través de ellos, de toda una civilización, encarnada y garantizada por el Estado Social, capaz de defender el derecho al trabajo, la vivienda, la educación, etc. Y dentro de la misma lógica podía contraponer, frente a lo que llamé "el pensamiento Tietmeyer"[9] –pariente por su fatalismo económico de lo que en otros tiempos se llamaba "el pensamiento

---

[8] El término francés "paradoxal" es aun más parecido a la raíz griega: *paradoxa*, fenómeno contrario a la opinión. (N. del T.)

[9] Apellido del presidente de Banco Federal de Alemania, presentado por la prensa como "el gran sacerdote del deutschmark". (N. del E.)

Mao"–, la necesidad de crear instituciones políticas, un Estado Social europeo capaz de administrar racionalmente –con una racionalidad que el racionalismo de cortas miras de los economistas de turno ignora– el espacio económico y social de Europa; capaz sobre todo de apartar a los diferentes Estados de la competencia delirante por la competitividad mediante el refuerzo del "rigor salarial" y la "flexibilidad". Y todo esto para invitarlos a una cooperación razonada en las políticas de reducción del tiempo de trabajo asociadas a medidas imposibles o ruinosas, como lo repiten los falsos expertos mientras aquellas son implementadas en un país. (No hace falta decir que una política semejante, por su mismo éxito, volvería concebible y realizable una acción destinada a transformar las relaciones de fuerza en el campo económico mundial y a contrariar, al menos parcialmente, los efectos del imperialismo.)

El grupo de trabajo "Raisons d'agir" [10] *surgió de esta experiencia de solidaridad con los huelguistas. ¿Cuáles son sus objetivos y sus modos de acción? ¿Cuáles han sido sus efectos?*

El grupo de trabajo "Raisons d'agir", que conformamos justo después de las huelgas de diciembre para tratar de realizar en la práctica esa suerte de "intelectual colectivo" por el que hace años vengo clamando, nació del intento de producir los instrumentos de una solidaridad práctica entre los intelectuales y los huelguistas. Nos hemos reunido regularmente y contamos con publicar pequeños libros muy baratos en los cuales se presenten los resultados de las investigaciones más rigurosas sobre una cuestión política, social o cultural importante, con propuestas de acción con-

[10] "Razones para actuar", colección dirigida por Pierre Bourdieu en la editorial Le Seuil. (N. del E.)

cretas. El primero de la serie fue mi *Sur la televisión* [11], que tuvo un éxito extraordinario –ya vamos por los 100.000 ejemplares–, lo cual nos permitirá financiar sin problemas los libros siguientes. Me olvidé de decirlo, pero hemos fundado una editorial.

Para que este trabajo sea realmente serio y eficaz debe reposar sobre una base internacional: hemos construido –con su ayuda en el caso de Alemania– una red de investigadores y de grupos de investigación que esperamos poder movilizar para tal o cual tema –por ejemplo, enviamos un cuestionario a todos los miembros de la red a propósito de la política en materia de inmigración– y nos gustaría que los trabajos pudieran elaborarse en francés. Una de las funciones de la red es difundir estudios ya publicados que valdría la pena editar en francés en la colección "Raisons d'agir" o producir textos originales que puedan publicarse en varias lenguas; varios editores –alemanes, griegos, italianos, estadounidenses, etc.– se comprometieron a publicar casi toda la serie en sus respectivos idiomas. De este modo se constituirá una especie de enciclopedia popular internacional en la que los militantes de todos los países podrán encontrar armas intelectuales para sus luchas. La tarea es difícil: las ciencias sociales realizaron enormes progresos y sólo a través de un particular esfuerzo podrá hallarse en cada caso el modo de expresión simple y eficaz que consiga transmitir sin pérdidas ni deformaciones los resultados de la investigación.

---

[11] Versión en español: *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama, 2000. (N. del E.)

2

Llamado por los estados generales del movimiento social*

¿En qué sociedad deseamos vivir y en qué sociedad queremos que vivan nuestros niños? Esa es la pregunta que planteó el movimiento social de noviembre y diciembre de 1995, y ésa es la razón por la cual la gran mayoría de la población la reconoció como legítima. En efecto, los grandes problemas que señalaron los huelguistas y los manifestantes son problemas de todos.

¿Qué lucha contra el desempleo y la exclusión, por una sociedad de pleno empleo, en particular por la reducción del tiempo de trabajo?

¿Qué servicios públicos, garantes de la igualdad y la solidaridad, aliados de los ciudadanos y creadores de empleo?

¿Qué otra Europa para el mañana, que le dé la espalda al liberalismo, una Europa democrática, ecológica y social?

El movimiento social planteó con una fuerza enorme la cuestión de la igualdad efectiva de los derechos para todos, hombres y mujeres, nacionales e inmigrantes, habitantes de las ciudades y del campo. ¿Cómo luchar por los derechos de las mujeres, cómo conquistar una igualdad política y social real? ¿Cómo defender el acceso al saber y al empleo para todos los jóvenes, cómo garantizar una escuela públi-

---

* Texto colectivo de 1996. Archivo del Collège de France.

ca abierta a todos? ¿Cómo combatir la exclusión, cómo imponer el derecho a la vivienda y los nuevos derechos para los desempleados, los excluidos y los pobres?

Los desafíos suscitados por la globalización, en todos y cada uno de los países, exigen una respuesta global que no podría consistir en la sumisión a las leyes del mercado. A su manera, el movimiento social ya aportó elementos de solución. Sin embargo, nadie puede pretender que las respuestas presentadas sean definitivas. Estas se elaboran únicamente a través del debate, la confrontación, dándole la palabra a todo el mundo, y no por el veredicto de pseudo-expertos.

En diciembre, intelectuales, sindicalistas, líderes de movimientos feministas, asociaciones de desocupados y sin-techo hicieron causa común. Proponemos que hoy se reencuentren, se abran a todos aquellos que se preocupan, en cada ciudad francesa, por elaborar, a partir de las inquietudes cotidianas, sus propias respuestas. Sugerimos que tengan lugar, desde ahora y a lo largo de todo el año, vastos estados generales, pluralistas y descentralizados, en los cuales se reúnan las quejas y se elaboren proyectos. Proponemos que circulen textos y documentos de unos a otros y que todas estas iniciativas descentralizadas sean objeto de una discusión general el 24 de octubre, aniversario del comienzo de la huelga de los ferroviarios. Y esto también queremos hacerlo juntos.

Invitamos a todos aquellos y aquellas que se reconocen en este llamado a tomar iniciativas de debate y de colaboración y a difundirlos.

3

Combatir la xenofobia de Estado*

Habría mucho para decir y repetir acerca de la política estival del gobierno, y no sólo en materia de recepción de extranjeros. Pero la última medida de M. Debré [1] es ejemplar por su carácter absurdo, que revela la incoherencia de una política completamente demagógica.

En lugar de regularizar a los trescientos indocumentados de Saint-Bernard en París, que luchan desde marzo por obtener permisos de residencia, el ministro de Interior ha hecho hospitalizar a la fuerza, el 12 de agosto, a los diez extranjeros que, en nombre de todos los demás, llevan a cabo una huelga de hambre hace cuarenta días. Según la opinión de los médicos, su estado de salud aún no inspiraba ninguna inquietud. Se trató entonces de una simple demostración de fuerza destinada a probar la determinación represiva del gobierno.

Esta intervención es absurda. Ignora la amplitud de la desesperanza de miles de extranjeros que carecen de documentación. Ayer eran solicitantes de asilo nacidos en países sumidos en la violencia, cónyuges e hijos de extranjeros regulares privados del derecho a vivir en familia; hoy

---

* Comunicado del 13 de agosto de 1996.

1 Ministro de Economía del primer gobierno de Jacques Chirac. (N. del E.)

están legítimamente en Francia luego de muchos años y han multiplicado en vano los intentos de obtener un permiso de residencia y de trabajo. Desde la primavera, una veintena de ocupaciones de locales y de huelgas de hambre a lo largo del territorio nacional elevaron a la escena pública la miseria de tantos hombres y mujeres que, antes de llegar a estos actos extremos, ya habían agotado todos los recursos.

Hoy no hay otra salida que la regularización de la situación de estos extranjeros que en los últimos veinte años han caído en las garras de las leyes, cada vez más duras, fundadas en el mito irrealista y liberticida de la clausura de las fronteras. ¿Cómo obligar al gobierno a romper con esta política criminal que nos compromete a todos por sus motivaciones y su estupidez? ¿Cómo combatir la xenofobia de Estado que corre el riesgo de imponerse poco a poco como un dogma? ¿Cómo impedir que se instale en el *poder la más vergonzante de las demagogias?*

El llamado a los ayunos solidarios, que recorrió toda Francia para promover la regularización de la situación de los indocumentados de Saint-Bernard y de los extranjeros que pasan por trances similares, da la impresión de ofrecer una respuesta a estas preguntas. La solidaridad con los extranjeros amenazados en sus derechos, su dignidad, su existencia misma, puede ser el principio de una nueva solidaridad de todos aquellos que buscan resistir a la política de la bajeza.

4

Hartos del racismo de Estado*

Estamos hartos de las tergiversaciones de todos estos "responsables" elegidos por nosotros que nos declaran "irresponsables" cuando les recordamos las promesas que nos hicieron. Ya estamos hartos del racismo de Estado que ellos autorizan. Hoy mismo uno de mis amigos, de origen argelino, me contaba la historia de su hija, que había venido para reinscribirse a la universidad: una empleada le pedía, con total naturalidad, sus papeles, su pasaporte, sólo porque su apellido sonaba árabe.

Para terminar de una vez por todas con estas humillaciones y bromas de mal gusto, impensables hace algunos años, hay que marcar una ruptura clara con una legislación hipócrita que no es más que una concesión inmensa a la xenofobia del Front National. Anular las leyes Pasqua y Debré [1], pero sobre todo terminar con los propósitos hipócritas de todos los políticos que, en una época en que se reconsideran los compromisos de la burocracia francesa en el exterminio de los judíos, prácticamente dan el visto bueno a quienes expresan las pulsiones más bestiales y xenófobas, como la empleada de la universidad que he mencionado.

---

* Texto publicado en *Les Inrockuptibles*, nº121, 11-14 de noviembre de 1997.

[1] *Cf.* capítulos I, 1 y 3. (N. del E.)

No sirve de nada embarcarse en grandes discusiones jurídicas sobre los méritos relativos de tal o cual ley. Hay que abolir pura y simplemente una ley que, por su misma existencia, legitima las prácticas discriminatorias de los funcionarios, pequeños o grandes, y contribuye a arrojar una sospecha general sobre los extranjeros, sin importar sobre quién. ¿Qué es eso de que un ciudadano deba probar a cada instante su ciudadanía? (Muchos padres de origen argelino se preguntan qué nombres dar a sus hijos para evitar molestias futuras; y la funcionaria que hostigaba a la hija de mi amigo se sorprendía de que se llamara Mélanie...)

Digo que una ley es racista si autoriza a un funcionario cualquiera a cuestionar la ciudadanía de alguien por la simple inspección de su cara o de su apellido. Y esto sucede hoy mil veces por día. Es lamentable que no haya en el gobierno –tan civilizado– de Jospin [2] un solo portador de uno u otro de estos estigmas, una cara negra o un nombre de resonancias árabes, para recordar al señor Chevènement [3] la distinción entre el derecho y las costumbres, y que hay disposiciones del derecho que autorizan las peores de las costumbres.

Libro todo esto a la reflexión de aquellos que, silenciosos o indiferentes hoy, vendrán, en treinta años, a expresar su "arrepentimiento" en un tiempo en que los jóvenes franceses de origen argelino se llamen Kelkal [4].

---

2 Primer Ministro –socialista– francés de 1997 a 2002. (N. del E.)

3 Ministro del Interior de 1997 a 2002 (N. del E.)

4 Como epílogo de una ola de atentados lanzada el 25 de julio, el 29 de septiembre unos gendarmes ejecutaron a Khaled Kelkal, joven oriundo de Vaux-en-Velin (Rhône), supuesto terrorista sospechado de estar implicado en los atentados. En un ambiente digno del Far-West, con afiches de personas buscadas, se difundieron las imágenes del cuerpo perforado con once balas. (N. del E.)

5

El neoliberalismo como revolución conservadora*

Agradezco al Instituto Ernst Bloch, a su director, Klaus Kufeld, a la ciudad de Ludwigshafen, a su intendente, Wolfgang Schulte y a Ulrich Beck, por su *laudatio* generosa que me lleva a creer que podremos, algún día no muy lejano, ver realizada la utopía del intelectual colectivo europeo por la que hace tanto tiempo lucho.

Soy consciente de que el honor de ser puesto bajo la égida de un gran defensor de la utopía, ahora desacreditada, maltratada y ridiculizada en nombre del realismo económico, me incita y me autoriza a intentar definir lo que puede y debe ser hoy el rol del intelectual, en su relación con la utopía y en particular con la utopía europea.

Vivimos una era de restauración neoconservadora. Pero esta revolución conservadora reviste una forma inédita: no se trata, como en otros tiempos, de invocar un pasado idealizado, a través de la exaltación de la tierra y la sangre, temas agrarios, arcaicos. Esta revolución conservadora es algo nuevo, apela al progreso, la razón, la ciencia –por ejemplo, la economía– para justificar la restauración e intenta así desplazar al pensamiento y la acción progresista

---

* Discurso pronunciado en el momento de la entrega del premio Ernst Bloch 1997, publicado en *Zukunft Gestalten. Reden und Beiträge zum Ernst-Bloch-Preis 1997*, Klaus Kufeld (dir.), Talheimer, 1998.

hacia el arcaísmo. Convierte en normas de todas las prácticas, y por lo tanto en reglas ideales, las regularidades reales del mundo económico abandonado a su propia lógica, la llamada ley del mercado, es decir, la ley del más fuerte. Aprueba y glorifica el reino de los mercados financieros, o sea el retorno a una suerte de capitalismo radical, sin más ley que la del beneficio máximo, capitalismo sin freno ni disimulos pero racionalizado, llevado al límite de su eficacia económica gracias a las formas modernas de dominación –como el *management*– y a las técnicas de manipulación –como las encuestas, el *marketing* y la publicidad.

Si esta revolución conservadora confunde es porque ya no tiene nada de aquellos movimientos conservadores de 1930; adopta todas las poses de la modernidad. ¿Acaso no proviene de Chicago? Galileo decía que el mundo natural está escrito en lenguaje matemático. Hoy nos quieren hacer creer que es el mundo económico y social el que puede resolverse con ecuaciones. Gracias a las matemáticas –y al poder mediático–, el neoliberalismo se ha convertido en la forma suprema de la sociodicea conservadora que se anunciaba desde fines de los '60 bajo el rótulo de "fin de las ideologías" o, más recientemente, de "fin de la historia".

Aquello que nos proponen como horizonte insuperable del pensamiento –es decir, el fin de las utopías críticas– no es otra cosa que un fatalismo económico. Y recordemos la crítica que Ernst Bloch formulaba contra lo que había de economicismo y fatalismo en el marxismo: "El mismo hombre –es decir, Marx– que despejó de la producción todo carácter fetichista creyó analizar y exorcizar todas las irracionalidades de la historia como si fueran simples oscuridades surgidas por la situación de clase, por el proceso de producción, oscuridades que no habían sido vis-

tas ni comprendidas. El mismo hombre que expulsó de la Historia todos los sueños y utopías, todo *telos* [1] proveniente del ámbito religioso, con las 'fuerzas productivas' y el cálculo del 'proceso de producción' se comporta del mismo modo constitutivo, panteísta y místico; recupera en última instancia la misma potencia determinante que Hegel había reivindicado para la 'Idea' o Schopenhauer para su 'Voluntad' alógica" [2].

Este fetichismo de las fuerzas productivas reaparece hoy, paradójicamente, en los profetas del neoliberalismo, en los grandes sacerdotes de la estabilidad monetaria y del deutschmark. El neoliberalismo es una teoría económica poderosa, *que gracias a su fuerza simbólica duplica la fuerza de las realidades económicas que pretende expresar.* Revalida la filosofía espontánea de los dirigentes de las grandes multinacionales y de los agentes de las grandes finanzas, en especial la de los administradores de los fondos de pensión. Es una doctrina coreada en todo el mundo por políticos y altos funcionarios nacionales e internacionales pero muy especialmente por grandes periodistas, casi todos indoctos en la teología matemática fundamental que se transforma en una suerte de creencia universal, un nuevo evangelio ecuménico. Este evangelio, o mejor dicho la difusa vulgata que nos proponen bajo el nombre de liberalismo, está compuesta por un conjunto de palabras mal definidas –"globalización", "flexibilidad", "desregulación", etc.– que gracias a sus connotaciones liberales o libertarias pueden ayudar a darle una fachada de libertad y liberación a una ideología conservadora que se presenta como contraria a toda ideología.

---

1 "Finalidad", en griego. (N. del T.)

2 Ernst Bloch, *L'Esprit de l'utopie*, Gallimard, París, [1923], 1977, p. 290.

De hecho, esta filosofía no conoce ni reconoce otro fin que no sea la creación incesante de riquezas y, más secretamente, su concentración en manos de una pequeña minoría de privilegiados; conduce por lo tanto a combatir por todos los medios –incluido el sacrificio de los hombres y la destrucción del medio ambiente– cualquier obstáculo contra la maximización del beneficio. Los partidarios del *laissez-faire* –Thatcher, Reagan y sus sucesores– se cuidan bastante de "dejar hacer", y para abrir el campo a la lógica de los mercados financieros deben emprender la guerra total contra los sindicatos, las conquistas sociales de los siglos pasados, en fin, *contra toda la civilización asociada al Estado Social.*

La política neoliberal puede juzgarse hoy por los resultados conocidos por todos, a pesar de las falsificaciones, basadas en manipulaciones estadísticas, que quieren convencernos de que Estados Unidos o Gran Bretaña llegaron al pleno empleo: se alcanzó el desempleo en masa; apareció la precariedad y sobre todo la inseguridad permanente de una parte cada vez mayor de los ciudadanos, aun en las capas medias; se produjo una desmoralización profunda, ligada al derrumbe de las solidaridades elementales, incluidas las familiares, con todas las consecuencias de ese estado de anomia: delincuencia juvenil, crimen, droga, alcoholismo, regreso de movimientos fascistas, etc.; se destruyeron las conquistas sociales y hoy se acusa a quienes las defienden de ser conservadores arcaicos. A todo esto se agrega la destrucción de las bases económicas y sociales de los logros culturales más preciados de la humanidad. La autonomía de los universos de producción cultural respecto del mercado, que no había cesado de crecer a través de las luchas y sacrificios de los escritores, artistas y sabios, se halla cada vez más amenazada. El

reino del "comercio" y de lo "comercial" se impone más y más en la literatura (sobre todo por la concentración de la edición, sometida a las restricciones del beneficio inmediato), en el cine (podríamos preguntarnos qué será del cine experimental y de los productores de vanguardia en diez años si no se les ofrecen medios de producción y sobre todo difusión), y ni hablemos de las ciencias sociales, condenadas a obedecer los mandatos directamente interesados de las burocracias de empresas o del Estado o a morir por la censura del dinero.

¿Podría alguien decirme qué hacen los intelectuales ante todo esto? No me dedicaré a enumerar –sería demasiado largo y cruel– todas las formas de dimisión o colaboracionismo. Evocaré simplemente los debates de los filósofos "modernos" o "posmodernos" que, cuando no se contentan con "dejar hacer", tan ocupados en sus juegos escolásticos, se encierran en una defensa verbal de la razón y del diálogo racional o, lo que es peor, proponen una variante posmoderna –en el fondo, "radical *chic*"– de la ideología del fin de las ideologías, con la condena de los "grandes relatos" o la denuncia nihilista de la ciencia.

Frente a todo esto, que no es para nada alentador, ¿cómo escapar a la desmoralización? ¿Cómo volver a darle vida y fuerza social al "utopismo reflexivo" del que hablaba Ernst Bloch a propósito de Bacon[3]? Leyendo rigurosamente la oposición que Marx establecía entre el "sociologismo", sumisión pura y simple a las leyes sociales, y el "utopismo", osado desafío a esas leyes, Ernst Bloch describe el "utopismo reflexivo" como aquel que actúa "en virtud de su *presentimiento perfectamente consciente de la ten-*

[3] Ernst Bloch, *Le principe d'espérance*, Gallimard, París, 1976, I, p. 176.

dencia objetiva", es decir de la posibilidad objetiva y real de su "época", que, en otras palabras, "anticipa psicológicamente un posible real". El utopismo racional se define a la vez como "el *wishful thinking*[4] puro [que] siempre desacreditó la utopía" y contra "la vulgaridad filistea que se ocupa esencialmente de lo Dado"[5]; se opone tanto a la "herejía derrotista de un *automatismo objetivista*, según el cual las contradicciones objetivas alcanzarían por sí solas a revolucionar el mundo que recorren", como al *"activismo en sí"*, puro voluntarismo basado en un exceso de optimismo[6].

De esta manera, contra el *fatalismo de los banqueros*, que quieren hacernos creer que el mundo no puede ser distinto a lo que es, es decir, plenamente conforme a sus intereses y a sus voluntades, los intelectuales y todos los que realmente se preocupan por el bienestar de la humanidad deben restaurar un pensamiento utopista elaborado científicamente y compatible en sus fines con las tendencias objetivas. Deben trabajar *colectivamente* en análisis capaces de fundar proyectos y acciones realistas, estrechamente ajustadas a los procesos objetivos del orden que buscan transformar.

El utopismo razonado, tal como acabo de definirlo, es sin duda lo que más le falta a la Europa actual. A la Europa del pensamiento del banquero no hay que oponerle una reacción nacionalista, sino el rechazo progresista. Los banqueros y los bancos buscan convencernos de que cualquier negación de la Europa que nos proponen es un rechazo a Europa a secas. Rechazar la Europa de los bancos es impugnar el pensamiento de banquero que, bajo la fachada de

---

4 Ilusión, espejismo. (N. del T.)
5 *Ibid.*, p. 177.
6 *Ibid.*, p. 181.

neoliberalismo, hace del dinero la medida de todas las cosas, del valor de los hombres y las mujeres en el mercado de trabajo y en todas las dimensiones de la existencia. Pero la institución del beneficio como principio exclusivo de evaluación conduce a la chatura filistea de una civilización del *ranking*, del *best seller* o de la serie de televisión.

La resistencia contra la Europa de los banqueros y contra la restauración conservadora que nos preparan sólo puede ser europea. Y únicamente podrá ser europea, es decir, liberada de los intereses y sobre todo de los prejuicios nacionales y vagamente nacionalistas, si resulta de la unión concertada de los intelectuales, sindicatos y asociaciones más diversas de todos los países del continente. Por eso lo más urgente hoy no es la redacción de programas europeos comunes, sino la creación de instituciones –parlamentos, federaciones internacionales, asociaciones europeas de camioneros, editores, profesores, defensores de los árboles, de los peces, del aire puro, de los niños, etc.– en el interior de las cuales se discutan y se elaboren programas europeos. Alguien podría objetarme que todo eso ya existe: de hecho, estoy convencido de lo contrario –basta con pensar en la federación europea de los sindicatos. La única internacional europea que realmente se está organizando y que tendrá una cierta eficacia es la de los tecnócratas.

En resumen, para no conformarme con una respuesta general y abstracta a la cuestión que planteaba al comienzo –la del rol de los intelectuales en la construcción de la utopía europea–, querría explicar un poco la contribución que, por mi parte, aspiro a aportar en esta tarea enorme y urgente. Convencido de que las lagunas más apremiantes de la construcción europea corresponden a cuatro terrenos principales –el Estado Social y sus funciones, la unificación de los sindicatos, la armonización y modernización de los

sistemas educativos y la articulación entre la política económica y la política social–, trabajo actualmente junto con otros investigadores para concebir y edificar las estructuras organizacionales indispensables para llevar a cabo las investigaciones complementarias que den al utopismo su carácter razonado, sobre todo en lo concerniente al Estado, la educación y los sindicatos.

El cuarto proyecto se relaciona con la articulación de la política económica y la política "social", o, más precisamente, con los efectos y costos sociales de la política económica. Se trata de remontarse hasta las primeras causas de las diferentes formas de *miseria social* que golpean a los hombres y mujeres de las sociedades europeas. Es una manera que tiene el sociólogo –a quien por lo general sólo se recurre para arreglar los platos rotos por los economistas– de recordar que la sociología podría y debería intervenir a nivel de las decisiones políticas que se inspiran cada vez más en consideraciones económicas. A través de las descripciones contextualizadas de los sufrimientos engendrados por las políticas neoliberales –como las que hemos presentado en *La misère du monde*[7]– y a través de un análisis sistemático de *índices económicos* relacionados tanto con la política social de las empresas como con sus resultados económicos –beneficios, productividad– y de *índices más típicamente sociales* –accidentes de trabajo, enfermedades profesionales, alcoholismo, consumo de drogas, suicidios, delincuencia, crímenes, violaciones–, me interesaría plantear la cuestión de los *costos sociales de la violencia económica* e intentar sentar las bases de una economía del bienvivir, teniendo en cuenta en los cálculos todo aquello que los dirigentes

[7] *Cf.* capítulo I, 1. (N. del E.)

de la economía y los economistas dejan de lado en sus especulaciones fantasiosas.

Finalmente, querría presentar el interrogante que debería estar en el centro de toda utopía razonada: ¿cómo crear una *Europa realmente europea*, es decir, emancipada de todas las dependencias, de todos los *imperialismos*, empezando por el que se ejerce principalmente en la producción y la difusión cultural a través de las restricciones comerciales, y liberarla de todos los vestigios *nacionales* y *nacionalistas* que aún le impiden acumular, aumentar y distribuir lo más universal de las tradiciones nacionales? Y, para terminar con una "utopía razonada" absolutamente concreta, diré que esa pregunta –esencial, en mi opinión– podría colocarse en el programa del Centro Ernst Bloch y de la internacional de los "utopistas reflexivos".

6

Las acciones de los desocupados arden*

Aquellos y aquellas que suelen ser designados como "los excluidos" del mercado laboral –provisorios, temporarios, duraderos o definitivos– son también, casi siempre, excluidos de la palabra y de la acción colectiva. ¿Qué ocurre cuando a lo largo de muchos años de esfuerzos aislados y aparentemente desesperados de algunos militantes minoritarios una acción colectiva consigue por fin romper el muro de indiferencia mediática y política?

En primer lugar, observamos el cómico enloquecimiento y el malhumor apenas disimulado de ciertos profesionales de la palabra, periodistas, sindicalistas y políticos que en estas manifestaciones de desocupados sólo vieron un cuestionamiento intolerable de sus bajos intereses, de su monopolio de la palabra autorizada en base a la "exclusión" y el "drama nacional del desempleo". Confrontados con esta movilización inesperada, los manipuladores profesionales, los vitalicios de los estudios de televisión, encontraron apenas "una manipulación de la desgracia", "una operación mediática", la ilegitimidad de una "minoría" o "la ilegalidad de acciones pacíficas".

---

* Texto firmado junto con Gérard Mauger y Fédéric Labaron bajo la égida de la asociación "Raisons d'agir", publicado por *Le Monde* el 17 de enero de 1998.

Luego vemos la extensión del movimiento y la irrupción de una minoría de desocupados movilizados en la escena mediático-política: la primera conquista del movimiento es el movimiento mismo, que contribuye a quitarle al Front National un electorado popular desorientado. Constituye el bosquejo de una organización colectiva y el inicio de una serie de cambios fundamentales: desde el aislamiento, la depresión, la vergüenza, el resentimiento individual, el castigo de los chivos emisarios, a la movilización colectiva; desde la resignación, la pasividad, el repliegue sobre sí mismo, el silencio, a tomar la palabra; desde el retraimiento a la unión de desocupados; de la miseria a la cólera. El eslogan de los manifestantes termina verificándose: "Quien siembra miseria cosecha cólera".

Pero recordemos también algunas verdades esenciales de la sociedad neoliberal, que habían engendrado el movimiento de noviembre y diciembre de 1995 y que los poderosos apóstoles del "pensamiento Tietmeyer" [1] se esfuerzan en disimular. En primer término, la relación indiscutible entre tasa de desempleo y tasa de beneficio. Ambos fenómenos –el consumo desenfrenado de unos y la miseria de otros– no sólo son concomitantes –mientras unos se enriquecen durmiendo, el resto se empobrece cada día más–, sino interdependientes: cuando la Bolsa se engalana, los desocupados padecen; el enriquecimiento de unos se halla en relación directa con la decadencia de los demás. En efecto, el desempleo en masa sigue siendo el arma más eficaz para imponer el estancamiento o la baja de salarios, la intensificación del trabajo, la degradación de las condiciones laborales, la precarización, la flexibilidad, la introducción de nuevas formas de dominación y el desmante-

[1] *Cf.* capítulo I, 1. (N. del E.)

lamiento de las protecciones anteriores. Cuando se anuncia un retroceso del desempleo en Estados Unidos, caen los índices de Wall Street. En Francia, 1997 fue el año de todos los récords para la Bolsa de París.

El movimiento de los desocupados pone en tela de juicio a las divisiones –metódicamente sostenidas– que supuestamente existen entre "buenos" y "malos" pobres, entre "excluidos" y "desocupados" y entre desocupados y asalariados.

A pesar de que la relación entre desempleo y delincuencia no es mecánica, nadie puede ignorar hoy en día que las "violencias urbanas" tienen su origen en el desempleo, la precariedad social generalizada y la pobreza en masa. Las amenazas de reapertura de los correccionales o de supresión de las asignaciones familiares a los padres de los causantes de disturbios son la cara oculta de la política neoliberal.

Aquel que perdió su trabajo es virtualmente un desocupado permanente y éste, a su vez, un excluido, y la exclusión es también la condena al asistencialismo, a la ayuda social, a la caridad, el movimiento de los desocupados cuestiona la división entre "excluidos" y "desocupados": enviar a los desocupados a la oficina de ayuda social es retirarles su estatus de desocupados y arrojarlos a la exclusión.

Debemos también descubrir que un asalariado es un desocupado virtual, que la precarización generalizada –en especial entre los jóvenes–, la "inseguridad social" organizada de todos aquellos que viven bajo la amenaza de un plan social hacen de cada asalariado un desocupado en potencia.

La evacuación *manu militari* no resolverá "el problema". Porque la causa del desempleo es también la de la exclu-

sión, la precariedad y la inestabilidad laboral. Porque tal vez llegue el momento en que el ejército de reserva de los desocupados y de los trabajadores precarios, que condena a la sumisión a los que tienen la suerte provisoria de estar excluidos, se levante contra quienes fundaron su política (¡oh, el socialismo!) en la confianza cínica en la pasividad de los más dominados.

7

Por una izquierda de izquierda*

Quince días después del viernes negro de las elecciones para las gobernaciones regionales, curanderos de toda clase se agitan en la cabecera de la República. Para uno, un cambio de régimen electoral permitiría a la democracia reencontrar sus colores moderados; para otro, sabio jurista, una revisión del sistema electoral activaría una democracia casi paralítica; para un tercero, ex-ministro y fino estratega, fue la ausencia de un "centro" lo que transformó al Estado en un barco a la deriva, oscilando de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, con el riesgo de caer en la extrema derecha.

El más alto de los personajes del Estado, en un rol de padre noble quizás algo grande para él, reta a los partidos como a niños inquietos y promete el cambio de regla que hará que el juego siga sin los *skinheads*. Un viejo candidato a la presidencia, en un arranque de lucidez tardío, se pregunta si los electores no estarán hartos de asistir desde hace treinta años a la misma comedia. Los expertos en resultados electorales evalúan con un error mínimo los potenciales porcentajes de las nuevas coaliciones electorales en gestación.

---

* Texto elaborado en el marco de la asociación "Raisons d'agir", firmado junto con Christophe Charle, Frédéric Lebaron, Gérard Mauger y Bernard Lacroix y publicado en *Le Monde* el 8 de abril de 1998.

Los tres últimos gobernadores regionales mal elegidos ya se pasean por los estudios de televisión: más que rehenes son murallas, sólo se unieron al Front National para sofocarlo mejor; no están lejos de proponerle a su consejo regional que vote con urgencia por la construcción de su propia estatua, a fin de ayudar a los artistas locales e impulsar la cultura regional y el civismo republicano.

Pero frente al triste espectáculo de nuestros medicastros político-mediáticos no alcanza con la irrisión. La respuesta "nueva" que pretenden aportar al creciente fascismo de una parte de la clase política y de la sociedad francesa está hecha a su propia imagen, superficial. Restringen el círculo de las preguntas que incomodan al vademécum habitual del futuro candidato a la próxima elección: ¿cómo no van a perderse los comicios europeos? ¿Cómo preparar las elecciones legislativas en caso de una nueva disolución? ¿A qué nuevo partido convendrá adherirse? Y muy pronto: ¿cómo reunir las voces de centro, tan postergadas?, etc. Esta es la concepción de la política que desde hace varios años resulta la aliada más segura del Frente Nacional: instrumental y cínica, más atenta a los intereses de los elegidos que a los problemas de los electores, las únicas soluciones que espera provienen de la manipulación de las reglas del juego electoral y mediático.

Las verdaderas preguntas poseen una amplitud completamente distinta: ¿por qué la izquierda plural, en menos de un año, quebró la dinámica de su victoria de último minuto mientras que ni siquiera tiene la excusa de indicadores económicos negativos? ¿Por qué tantos sufragios para las organizaciones que pretenden hallarse fuera del juego político? ¿Por qué una parte de la derecha en perdición prefiere radicalizarse mientras está en el poder a través de una izquierda que realiza todos sus sueños? Con su

tentación extremista, la derecha vuelve a jugar la partida ya perdida por el centro y la derecha alemana de comienzos de los años '30 bajo la República de Weimar. El Estado impotente suscita la indiferencia masiva de los electores por la República: es claro que no se va a votar para repartir prebendas, sofocar escándalos, vender servicios públicos al mejor postor ni ponerse en las manos de burocracias inamovibles e inaccesibles, nacionales e internacionales.

Al hacer implosión, la derecha francesa regresa a los turbios orígenes del régimen que fundó. Cuando los conservadores ya no saben qué conservar, están listos para llevar a cabo todas las revoluciones conservadoras. La persistencia del éxito electoral de un partido como el Front National, cuyo programa representaría la ruina de los electores más desprotegidos, a menudo no expresa otra cosa que la aversión a un personal político obstinadamente sordo y ciego a la desesperanza de las clases populares. Las falsas apariencias de la izquierda plural desencantan a los electores de izquierda, desmovilizan a los militantes y conducen a los más exasperados hacia la extrema izquierda. No sorprende en absoluto que los primeros en protestar hayan sido los marginados de la demagogia plural de una izquierda realmente singular: los indocumentados, los desocupados, los docentes.

Una reforma electoral no alcanzará para calmar las reivindicaciones a las cuales los ministros responden con la caridad manifiesta, el reparto calculado o los trucos astutos. Por no hablar de los excesos verbales arrogantes o demagógicos –que constituyen el reverso de la generosidad entusiasta de un mensaje movilizador– ni de las prácticas trágicamente semejantes a las de sus predecesores. A la izquierda oficial le cuesta desembarazarse de la dudosa herencia del mitterandismo: irrita a sus fieles sin poder

esperar de sus enemigos el menor signo de satisfacción; aprovecha provisoriamente la mediocridad de sus adversarios sin proponer más que una política del día a día que no cambia nada esencial en la vida cotidiana de la gran mayoría de los ciudadanos. Cuando llegue el día del balance, quizás más cercano de lo que parece, con la amenaza otra vez disponible de la disolución, ¿qué podrá invocar para movilizar a los abstencionistas y disuadirlos de votar por el Front National? ¿Las pasantías para algunos, las 35 horas [1], el rigor ininterrumpido, una reforma de la educación transformada en *show* ministerial, la fuga hacia adelante por una Europa de los banqueros? ¿Acaso creen que se puede seguir entorpeciendo el surgimiento de una Europa social con una "izquierda plural europea" animada por la *troika* neoliberal "Blair-Jospin-Shroeder"?

La izquierda de base todavía cree en la república social: ya es hora de que el cuarteto "Jospin-Chevènement-Hue-Voynet" [2] recuerde que las mayorías de izquierda abrieron paso al desastre cada vez que intentaron aplicar las políticas de sus adversarios y trataron a sus electores de idiotas amnésicos. Las verdaderas respuestas al fascismo rampante o declarado sólo puede provenir de los movimientos sociales que se desarrollan desde 1995. Con la condición de que se sepa entenderlas y expresarlas en vez de desacreditarlas por la difamación pública o los golpes solapados de viejos *apparatchiks* políticos convertidos en hombres del aparato de Estado. En efecto, aquellas sugie-

---

[1] Durante el gobierno de Jospin se bajó la semana laboral de 40 a 35 hs. (N. del E.)

[2] Cabezas de los grandes partidos de izquierda, con los siguientes matices: Jospin, socialista; Chevènement, independiente; Hue, comunista; Voynet, ecologista. (N. del E.)

ren perspectivas políticas y a veces hasta avanzan proyectos y programas constituidos. La presión local en ciertas regiones de izquierda contribuyó a hacer entrar en razón a la derecha menos cerrada. Las manifestaciones anti-Front National dan cuenta de una capacidad militante que defiende causas más ambiciosas que el mero repudio del fascismo. El movimiento por la renovación de los servicios públicos –y en especial por una educación nacional más justa, tal como se expresa en Seine-Saint-Denis [3]– es lo opuesto de la crispación identitaria en torno a una institución arcaica: afirma la necesidad de servicios públicos eficaces e igualitarios en su funcionamiento y en sus efectos. El movimiento de los indocumentados, que padece los acosos de los "responsables" de todos los extremos, representa una resistencia colectiva contra la política obtusa que, en nombre de la lucha contra Le Pen, con frecuencia toma sus ideas y sus armas (con el éxito que ya conocemos...). El movimiento de desocupados se presenta como una "lucha giratoria", reiniciada sin cesar, contra los efectos destructivos de la precarización generalizada. Los movimientos recientes contra el AMI y en favor del impuesto a los capitales [4] revelan el afianzamiento de la resistencia al neoliberalismo: ésta es, por naturaleza, internacional.

---

[3] Referencia a las huelgas de los docentes llevadas a cabo en esa región en 1998. (N. del E.)

[4] La movilización internacional de información sobre el contenido del Acuerdo Multilateral sobre Inversiones (AMI) consiguió impedir que los Estados del G8 firmaran el convenio. La organización ATTAC –asociada a esta movilización–, cuyo objetivo original había sido la promoción de la tasa Tobin a los movimientos de capitales, ocupó un lugar central en el rechazo internacional de las políticas liberales de desregulación. (N. del E.)

Estas fuerzas, sospechadas por nuestros profesionales de la manipulación de responder al avance de operadores externos, son aún minoritarias pero muestran un arraigo cada vez mayor, tanto en Francia como en otros países europeos, en la práctica de grupos militantes, sindicales y asociativos. Al internacionalizarse, éstas podrán comenzar a oponerse en los hechos a la supuesta fatalidad de las "leyes económicas" y a humanizar el mundo social. El horizonte del movimiento social es una internacional de la resistencia al neoliberalismo y a todas las formas de conservadurismo.

8

Vivimos una era de restauración*

Debemos desarrollar nuevas formas de combate para contrarrestar adecuadamente la violencia de la opresión simbólica que poco a poco se ha ido instalando en las democracias occidentales. Pienso en la censura larvada que golpea cada vez más a la prensa crítica y, en los grandes diarios oficiales, al pensamiento crítico. Ya experimentamos esto cuando tuvimos que oponernos a la Guerra del Golfo. La prensa "progresista", que manifestaba entusiasmo por la guerra, rechazaba nuestros textos o se preocupaba por publicar artículos favorables al conflicto. Numerosos diarios ingleses se negaron a difundir el hermoso poema que Harold Pinter había escrito para denunciar la guerra; lo publicamos más tarde en *Liber*.

La vida política y la vida intelectual están cada vez más sometidas a la presión de los medios –empezando por la televisión–, que por su parte padecen las presiones de los anunciantes o se sienten comprometidos por una obligación de buena conducta que excluye cualquier posibilidad de crítica.

La internacional conservadora, cuyo centro se halla en Estados Unidos, presiona en todos los espacios de libre expresión, como los museos, y reprime las investigaciones

---

* Texto publicado en *Les Inrockuptibles*, suplemento de mayo de 1998.

de vanguardia mediante el control de las subvenciones públicas, con el pretexto de la pornografía o de la ofensa al orden público.

Vivimos una era de restauración. Críticos mediocres y escritores insignificantes denuncian al arte moderno como puro engaño y claman por una reconciliación de la novela con las formas narrativas tradicionales. Por no hablar de las ciencias sociales, sobre las cuales siempre pesan sospechas. El debate acerca de la Revolución Francesa –muy bien analizado por Kaplan [1]– volvió a poner de moda las viejas ideologías antirrevolucionarias. Las corrientes individualistas y ultra-subjetivas que dominan la economía y que están a punto de conquistar el campo de las ciencias sociales –con Gary Becker en particular [2]– tienden a minar los fundamentos mismos de la ciencia social.

Es en la esfera intelectual donde los intelectuales deben sostener el combate, no sólo porque es allí donde sus armas gozan de mayor eficacia, sino también porque las nuevas tecnocracias consiguen imponerse frecuentemente en nombre de la autoridad intelectual. La nueva demagogia se apoya principalmente en las encuestas para legitimar las medidas represivas contra los extranjeros, o las políticas culturales hostiles a la vanguardia. He aquí por qué los intelectuales deben disponer de medios de expresión autónomos que no dependan de subvenciones públicas o privadas y organizarse colectivamente, para poner sus propias armas al servicio de los combates progresistas.

---

1 Steven Laurence Kaplan, *Adieu 89*, Fayard, París, 1993.

2 Profesor de la Universidad de Chicago, premio Nobel de economía en 1992. Gary Becker ganó celebridad con su noción de "capital humano", mediante la cual busca extender el modelo del "actor racional" y del "mercado libre" al conjunto de las prácticas humanas. (N. del E.)

9

Actualidad de Karl Kraus

Manual contra la dominación simbólica*

Karl Kraus [1] realiza un acto bastante heroico, que consiste en cuestionar el mismo mundo intelectual. Hay intelectuales que cuestionan el mundo, pero muy pocos son los que cuestionan el mundo intelectual. Esto se entiende si pensamos que, paradójicamente, resulta más arriesgado porque allí se hallan nuestras apuestas y porque los demás lo saben y se apresurarán en recordarlo en la primera ocasión, atacándonos con nuestros propios instrumentos de objetivación. Además, esto obliga a subir a escena –como se ve en los *happenings* de Kraus– y por lo tanto a comprometerse personalmente. Teatralizar nuestra acción, como hacía Kraus, dramatizar nuestro pensamiento, es algo muy

---

* Texto extraído de una intervención en el coloquio "Actualidad de Karl Kraus. Centenario de la *Fackel* (1899-1936)", París, 4-6 de noviembre de 1999, y publicado en *Austriaca* en diciembre de 1999, nº49, p. 37-50.

1 Nacido en 1874 en Gitschin (Bohemia), Karl Kraus murió en Viena en 1936. Como escritor y ensayista ejerció un rol intelectual y político muy influyente en las primeras décadas del siglo XX, sobre todo a través de *Die Fackel* [*La Llama*], revista satírica que lo tuvo como fundador y en poco tiempo como único autor. Kraus practicó una crítica radical y despiadada contra la cultura y la política de la burguesía austríaca, en especial por su participación en el baño de sangre de la Primera Guerra Mundial y por el rol central de la prensa como corruptora de la lengua y el pensamiento, en particular de la prensa liberal que apoyó al mundo de los negocios. (N. del E.)

distinto a escribir un artículo especializado que enuncia *in abstracto* cuestiones abstractas. Se requiere una suerte de coraje físico, quizás cierto exhibicionismo, talento actoral y disposiciones que no están inscritas en el *habitus* académico. Pero también hace falta tomar riesgos, porque cuando uno se expone no sólo se compromete en el sentido banal –sartreano– del término, es decir en el terreno de las ideas políticas, sino que se involucra a sí mismo, en toda su persona y sus propiedades, y por consiguiente hay que estar preparado para recibir respuestas o choques. No se trata de leer ponencias, como en la universidad, sino de "exponerse", lo cual es muy distinto: los académicos exponen mucho en los coloquios, pero se exponen poco. Hay que atenerse a ataques personales –¿acaso Kraus no fue acusado de antisemitismo?–, ataques *ad hominem* destinados a destruir en su principio, en su integridad, su veracidad y su virtud a aquel que, mediante sus intervenciones, se *erige en reproche viviente y es en sí mismo irreprochable.*

¿Qué es eso tan terrible que hace Kraus para suscitar semejante furor? Todos los periódicos se pusieron de acuerdo en callar su nombre, aunque eso no lo protegió de la difamación. Lo esencial del programa krausiano reside en la siguiente frase: "E incluso si cada día no hice otra cosa que copiar y transcribir textualmente lo que hacen y dicen, me acusan de detractor". Esta fórmula espléndida enuncia lo que podríamos llamar la *paradoja de la objetivación*: ¿qué es ese mirar desde afuera, como un objeto o, como decía Durkheim, "como cosas", las cuestiones de la vida intelectual de la que uno forma parte, rompiendo el vínculo de complicidad tácita que se tiene con ellas y suscitando la agitación de las personas así objetivadas y de todos aquellos que se reconocen en ellas? ¿Cómo funciona esa operación que consiste en volver escandalosa alguna

cuestión que ya se vio, se leyó, que se ve y se lee todos los días en los periódicos? Volcar en el papel y mostrar, hacer público lo que generalmente sólo se dice en el secreto del murmullo, a media voz, como las pequeñas naderías de la vida universitaria, editorial o periodística, conocida por todos y al mismo tiempo censurada; presentarse como garante en persona y responsable de su autenticidad es quebrar la relación de complicidad que une a todos los que forman parte del juego; es suspender el vínculo de connivencia, complacencia e indulgencia que entablan unos con otros, a título de revancha, y que constituye el fundamento ordinario de la vida intelectual. Es arriesgarse a parecer un grosero indecente que pretende reunir simples chismes malévolos en un discurso supuestamente digno y sabio o, lo que es peor, un entregador.

Si el recurso de la cita objetivante es inmediatamente señalado y denunciado, es precisamente porque allí se ve una manera de señalar y denunciar. Pero en el caso particular de Karl Kraus los denunciados son los que comúnmente denuncian. En términos más universales, Kraus objetiva a los dueños del monopolio de la objetivación pública. Revela el poder –y el abuso de poder– haciendo volver ese poder contra aquel que lo ejerce, simplemente por una simple estrategia de mostración. Enseña el poder periodístico enfrentándolo con el poder que el periodismo ejerce cotidianamente contra nosotros.

Los periodistas despliegan todos los días ese poder de construcción y constitución de la difusión masiva, por el hecho de publicar o no publicar los temas que surgen –hablar de una manifestación o dejarla en silencio, dar cuenta de una conferencia de prensa o ignorarla, resumir de modo fiel o inexacto, deforme, favorable o desfavorable– o incluso por el hecho de colocar títulos y leyendas o

etiquetas profesionales más o menos arbitrarias, por exceso o por defecto –por ejemplo, la etiqueta de "filósofo"–, por el hecho de transformar en un problema algo que no lo es, o viceversa. Pero pueden ir mucho más lejos, con total impunidad, respecto de las personas o de sus actos. Podríamos decir, sin exagerar, que poseen el monopolio de la difamación legítima. Las víctimas de las ofensas, en especial las que intentaron aportar pruebas a su favor, saben que no exagero. La cita y el *collage* consiguen atacar a los periodistas mediante una operación que ellos realizan cotidianamente. Se trata de una técnica irreprochable, ya que en cierta medida es sin palabras. Con todo, los intelectuales y los artistas no siempre están en condiciones de inventar técnicas semejantes. Y uno de los intereses de Kraus es ofrecer una suerte de manual del perfecto combatiente contra la dominación simbólica. Fue uno de los primeros en comprender en la práctica que hay una forma de violencia simbólica que se ejerce sobre los espíritus, manipulando las estructuras cognitivas. No resulta nada fácil inventar y mucho menos enseñar técnicas de *self-defense* en este ámbito.

Karl Kraus ha sido también el inventor de una técnica de intervención sociológica. A diferencia del pseudo-artista que pretende hacer "arte sociológico" cuando en realidad no es ni artista ni sociólogo, Kraus es un artista sociológico que lleva a cabo intervenciones, "acciones experimentales", destinadas a revelar, develar y desenmascarar propiedades y tendencias ocultas del campo intelectual. Es también el efecto de ciertas coyunturas históricas que conducen a algunos personajes a traicionar lo que sus actos y escritos anteriores sólo manifestaban de un modo extremadamente velado; pienso por ejemplo en Heidegger y su discurso de rectorado. Kraus quiere desenmascarar sin

esperar la ayuda de los eventos históricos. Para ello recurre a la "provocación", que lleva a la falta o al crimen. La virtud de la provocación consiste en que ofrece la posibilidad de "anticipar", tornando inmediatamente visible aquello que sólo la intuición o el conocimiento permiten presentir: las sumisiones y los conformismos ordinarios de las situaciones ordinarias anuncian las sumisiones extraordinarias de las situaciones extraordinarias.

Jacques Bouveresse [2] hizo alusión al famoso ejemplo de las falsas peticiones, verdaderos *happenings* que permiten verificar leyes sociológicas. Kraus fabrica una falsa petición humanista, pacifista, sobre la cual inscribe la firma de viejos militaristas recientemente convertidos al pacifismo. (Imaginen por un instante lo que hoy podríamos armar con los revolucionarios de Mayo del '68 convertidos al neoliberalismo.) Sólo los pacifistas protestan contra la utilización de sus nombres, mientras que los demás no dicen nada, puesto que obviamente eso les permite hacer retrospectivamente lo que no hicieron cuando hubieran debido hacerlo. ¡Esto es sociología experimental!

Kraus despliega un cierto número de proposiciones sociológicas que son al mismo tiempo morales. (Aquí recuso la alternativa de lo descriptivo y lo prescriptivo.) Siente repulsión por las buenas causas y por quienes sacan provecho de ellas: en mi opinión, es un signo de salud moral enfurecerse contra quienes firman peticiones simbólicamente rentables. Kraus denuncia lo que la tradición llama fariseísmo. Por ejemplo, el revolucionarismo de los literatos oportunistas que –tal como él lo prueba– son apenas el equivalente del patriotismo y de la exaltación del senti-

[2] Filósofo del Collège de France y autor, entre otras obras, de *Prodigios y Vértigos de la Analogía*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2001.

miento nacional de otra época. Todo puede simularse, incluso el vanguardismo y la transgresión; los intelectuales que Karl Kraus parodia ya evocan a nuestros "intelectuales de parodia" –como los denomina Louis Pinto–, para quienes la transgresión –fácil, frecuentemente sexual– es la regla, así como todas las formas de conformismo del anticonformismo, de academicismo del antiacademicismo, que se han puesto tan de moda en el París mediático-mundano. Tenemos intelectuales astutos, incluso perversos, semiólogos convertidos en novelistas como Umberto Eco o David Lodge, artistas que introducen trucos cínicos, procedimientos inspirados en creaciones vanguardistas anteriores, como Philippe Thomas, que hace firmar sus obras por coleccionistas y que tarde o temprano será imitado por otro que hará firmar las suyas por los mismos coleccionistas. Y así sucesivamente, hasta el infinito. Kraus denuncia también todos los beneficios intelectuales ligados a lo que llamamos "envíos de ascensor" y a los mecanismos de la economía de los intercambios intelectuales. Prueba que la regla del toma y daca imposibilita cualquier crítica seria y que los directores de teatro no se atreven a rechazar una pieza de un crítico poderoso como Hermann Bahr, que de este modo puede encontrar un lugar en todas las salas. Nosotros tenemos algo equivalente en los críticos literarios por los que los editores se pelean o a los cuales confían la dirección de una colección; podría dar ejemplos detallados de increíbles "envíos de ascensor" en los cuales pueden entrar en juego puestos universitarios.

Si nos identificamos con Kraus es porque las mismas causas producen los mismos efectos. Los fenómenos observados por Kraus tienen su equivalente en nuestros días. En cuanto a saber por qué hay algunos –escritores, artistas de todos los países pero principalmente de Alemania– a los

que nos interesa recordar a Kraus, eso es un tema más complicado. Ocupamos una posición y aquello que amamos está ligado a ella. Debemos tratar de comprender la perspectiva de Kraus dentro de su universo para percibir aquello que se parece a la nuestra. Tal vez intervenga el hecho de que fue un intelectual a la antigua, formado a la antigua, que se sintió amenazado por intelectuales nuevos: por un lado los periodistas, que en su opinión no eran más que la encarnación de la sumisión al mercado; por otro lado los intelectuales de burocracia, y de burocracia de la guerra, intelectuales de aparato, de partido, que en su batalla jugaron un rol importante. Contra él se presentaba la alianza de los *apparatchiks* y los periodistas. Y en eso también, *mutatis mutandis*, hay muchas analogías con la actualidad. Los límites entre el campo intelectual y el ámbito periodístico estaban camino a desdibujarse y las relaciones de fuerza entre ambos campos se iban modificando, con el ascenso en número y en peso simbólico de los intelectuales "mercenarios", directamente sometidos a las restricciones de la competencia y el comercio.

El hecho de que reivindiquemos a Kraus se vincula sin duda con una afinidad de humor. Pero podemos preguntarnos si acaso para ser mínimamente "moral" hay que estar de mal humor, sentirse mal en la propia posición, en el universo en que uno se encuentra y por lo tanto estar contrariado, asombrado o escandalizado por cuestiones que todo el mundo considera normales o naturales, y privado de los beneficios del conformismo que corresponden a quienes se acomodan espontáneamente. Pero la debilidad de Kraus –y de toda la crítica de humor–, es que no da cuenta de las estructuras; percibe los efectos, los señala con el índice, pero no aprehende su principio. No obstante, la crítica de los individuos no puede constituirse en una crí-

tica de las estructuras y de los mecanismos –que permite convertir las malas razones del humor en la razón meditada y crítica del análisis. Con todo, el estudio de las estructuras no conduce a despojar a los agentes sociales de su libertad. Poseen una pequeña parte de ella, que puede aumentar a través del reconocimiento de los mecanismos en los cuales están inmersos. Por tal motivo, los periodistas se equivocan al tratar el análisis del periodismo como una "crítica" de éste, cuando en verdad deberían ver allí un instrumento indispensable para acceder al conocimiento de las restricciones estructurales en las que se encuentran.

La sociología no invita a moralizar sino a politizarse. Puesto que arroja luz sobre los efectos de estructura, esparce grandes dudas sobre la deontología y sobre todas las formas de pseudo-crítica periodística del periodismo, o televisiva de la televisión, que sólo son muchas de las tantas maneras de subir el *rating* y dormir tranquilo, dejando las cosas tal como estaban. De hecho, invita a los periodistas a encontrar soluciones políticas, es decir a buscar, en el mismo universo, medios para luchar con las herramientas de ese universo para dominar los instrumentos de producción, contra todas las limitaciones no específicas que se les imponen. Esto puede lograrse mediante la organización colectiva, creando –principalmente gracias a Internet– movimientos internacionales de periodistas críticos y reemplazando la "deontología" verbal de la que todo el tiempo hablan algunos periodistas por una verdadera deontología de acción o de combate en y por la cual los periodistas denuncien como Kraus, en tanto periodistas, a los periodistas que destruyen la profesión.

II

Los medios al servicio de la revolución conservadora

1

Cuestión de palabras

Una visión más modesta del rol de los periodistas*

No quisiera que lo que sigue sea visto como una crítica al periodismo, al menos en el sentido que el término recibe ordinariamente, es decir, como un "ataque" contra una actividad y contra quienes la practican.

Me gustaría solamente contribuir a la reflexión que los periodistas desarrollan acerca de sí mismos. Y para ello recordaré primeramente los límites de la reflexión que los grupos pueden realizar sobre sí mismos. Todas las comunidades producen una representación de lo que son y de lo que quieren ser; y esto es particularmente cierto en el caso de los agentes especializados en la producción cultural. Esta representación debe mucho, evidentemente, a los intereses conscientes o inconscientes de quienes la producen y pecan por omisión o por negligencia. Allí donde Marx decía: "Los hombres sólo se plantean los problemas que pueden resolver", podríamos decir: "Los grupos sólo se plantean los problemas que pueden soportar". Tienen estrategias de precaución, en especial la que consiste en plantear problemas extremos, ligados a situaciones límites, para evitar problemas cotidianos. El debate sobre la ética médica es un ejem-

---

* Intervención en un coloquio de Periodistas sin Fronteras, publicada en *Les mensonges du Golfe [Las mentiras del Golfo]*, Arlèa, París, 1992, p. 27-32.

plo de ello: plantear el problema de la eutanasia es no plantear el de las enfermeras, el de la vida cotidiana en los hospitales, etc. Alerto contra el peligro al cual está expuesto un grupo como ése: mucho se hablará de la guerra del Golfo, una situación en la que la libertad de los periodistas tendía a cero, y se evitará el tratamiento de los problemas en los que la libertad de los periodistas es débil pero real. El primer paso hacia una reflexión ética consiste en definir las zonas de libertad en donde las responsabilidades y posibilidades reales están comprometidas.

¿Cómo plantear estos problemas ordinarios que la reflexión acerca de los problemas extraordinarios tiende a ocultar? ¿Cómo evitar que la reflexión se desplace de las regiones de la práctica que dependen de nosotros –como decían los estoicos– hacia aquellas que no dependen de nosotros y en las cuales estamos exentos, por definición, de toda responsabilidad y de cualquier acción? Hay que empezar a adoptar una visión mucho más modesta del rol de los periodistas. ¿Qué es lo que realmente está en su poder? Entre las cosas que dependen de ellos figura el manejo de las palabras. A través de las palabras producen ciertos efectos y ejercen una violencia simbólica. Por lo tanto, controlando el uso de las palabras pueden limitar los efectos de violencia simbólica que imponen *volens nolens* [1]. Se trata de una violencia que se lleva a cabo en y por el desconocimiento, que se ejerce tanto mejor cuanto menos se enteren de ello el ejecutor y la víctima.

Parece una proposición abstracta, pero he aquí un ejemplo concreto. Escuché una propaganda del programa de Jean-Marie Cavada [2] en la que se insistía en una suerte

---

[1] "Queriendo, no queriendo". (N. del T.)

[2] Periodista televisivo. (N. del E.)

de historia social de los sentimientos y de las relaciones entre los sexos: 1970, la liberación sexual; 1980, el moralismo; 1990, el regreso del sentimiento, o algo así. Este tipo de cosas se escuchan con frecuencia. Nos enteramos de "El retorno del sujeto", "El fin del estructuralismo", "El regreso de la democracia", "El fin de la historia", etc. Y me pregunto siempre: "¿Pero eso cómo lo saben?" Y sin embargo, en el mundo periodístico, lugar por excelencia de la producción, reproducción y circulación de esta vulgata, nadie se plantea la pregunta. Podríamos leer en el *Nouvel Observateur:* "El retorno del sentimiento"; el *Quotidien de Paris* pondrá el título: "El fin de la revolución sexual". Estos impactos mediáticos son golpes simbólicos ejercidos con total inocencia, y cuanto más inocentes, más eficaces. En cierto sentido, sólo pueden ocurrir porque la gente que ejerce la violencia es víctima de la violencia que ejerce, y allí interviene la falsa ciencia de los semi-hábiles que pretenden construir una fachada científica a las intuiciones del sentido común: ciertas tipologías, basadas en la proyección del inconsciente social de los nuevos magos, se encuentran con el inconsciente de los comanditarios –hombres de negocios o políticos– o de los destinatarios –como los periodistas. Y los periodistas –he aquí su responsabilidad– participan de la circulación de los inconscientes.

Consideremos el ejemplo de aquellos efectos simbólicos que toman la forma del paralogismo del "Rey de Francia calvo", tan conocido por los filósofos. Cuando se dice: "El Rey de Francia es calvo", se juega con los dos sentidos del verbo "ser", disimulando una tesis de existencia –hay un Rey de Francia, el Rey de Francia existe– bajo una proposición predicativa –el Rey de Francia es calvo, tiene la propiedad de ser calvo. Se concentra la atención en el hecho de que el Rey es clavo y en realidad se plantea como

de suyo que hay un Rey de Francia. Podría citar un sinfín de proposiciones acerca del mundo social que pertenecen a esa clase, principalmente las que están encabezadas por sustantivos colectivos: "Francia se aburre", "El pueblo no lo admitirá", "Los franceses están a favor de la pena de muerte", etc. En las encuestas, en vez de preguntar sucesivamente: "¿Piensa usted que actualmente existe una crisis moral?" y "¿Esta crisis es grave? ¿Muy grave?", etc., se preguntará simplemente: "¿La crisis moral de hoy en día es grave? ¿Muy grave?", etc.

Entre las tesis implícitas más poderosas se encuentran todas aquellas que remiten a principios y oposiciones de visión y división, como rico/pobre, burguesía/pueblo, sobre los cuales se funda la lucha del movimiento obrero y que aún se hallan presentes en el inconsciente de la mayoría de nosotros, una oposición nacionales/extranjeros, nativos/inmigrantes, nosotros/ellos, etc. Es un cambio impresionante. Se pueden adoptar las perspectivas más diferentes acerca del tema de la inmigración, pero las personas que discuten parten de un hecho común –el consenso en el disenso–: aceptan la prioridad de la oposición inmigrantes/extranjeros por sobre cualquier otra, empezando por la distinción entre ricos y pobres –en el interior de la cual puede haber nativos y extranjeros. De esta manera, se realiza el sueño de todas las burguesías: existir sin un proletariado. A partir del momento en que sólo hay nacionales, estando ricos y pobres confundidos entre sí, las cosas se reacomodan, por lo menos para los ricos. Una gran cantidad de palabras que empleamos casi sin pensar, en especial todos los pares de adjetivos, son categorías de percepción, principios de visión y división heredados históricamente, producidos y reproducidos socialmente, principios de organización de nuestra percepción del mundo social y

en particular de los conflictos. La lucha política apunta esencialmente a conservar o transformar esos principios, a reforzar o modificar la visión del mundo social. Los periodistas juegan así un rol central, ya que entre todos los productores de discursos son quienes disponen de los medios más potentes para hacerlos circular e imponerlos. Ocupan de este modo una posición privilegiada en la lucha simbólica por hacer ver y hacer creer. Los envidian los intelectuales que adoran mostrarse, pero también aquellos que a pesar de guardar un perfil bajo querrían ser escuchados. Aquellos que saben algo del mundo social desearían poder decirlo, pero chocan con quienes controlan el acceso a los medios de comunicación y seleccionan los contenidos que tendrán difusión masiva.

En suma, considero que lo más terrible en la comunicación es su inconsciente, en particular, parafraseando a Aristóteles, aquellas cosas mediante las cuales nos comunicamos, pero acerca de las cuales jamás comunicamos: me refiero a las oposiciones fundamentales que hacen posible la discusión y que nunca son objeto de debate. Y lo que señalo es precisamente la necesidad de una comunicación sobre el inconsciente de la comunicación. Para que esto no suene a ruego piadoso habría que concebir y crear una instancia crítica que sea capaz de tratar con rigor y sancionar –por lo menos a través del ridículo– a quienes se extralimitan. Sé que hablo de utopías, pero me gustaría imaginar algún programa crítico que asocie a investigadores, artistas, cantantes, humoristas, y someta a la prueba de la sátira y de la risa a los periodistas, políticos e "intelectuales" mediáticos que caigan demasiado flagrantemente en el abuso de poder simbólico.

2

La miseria de los medios*

¿Por qué, en estos comienzos de 1995, la cuestión de Argelia le parece tan vital?

Me parece prioritaria, no sólo en términos éticos, sino también a nivel político. Desde un punto de vista cínico, Argelia representa hoy en día el problema número uno de Francia. Ni los dirigentes, ni los políticos de la extracción que fueran –a veces olvidamos que fue Joxe quien abrió la vía a Pasqua[1]–, ni los periodistas lo comprendieron. La guerra civil argelina puede, de un día para el otro, trasladarse a Francia, con sus matanzas y sus atentados[2], cuyos responsables no siempre serán aquellos que los diarios señalan, es decir, los islamistas... Por eso hay que respaldar los acuerdos de Roma entre los partidos democráticos y los representantes del FIS[3].

---

* Diálogo con François Granon, publicado en *Télérama* el 15 de febrero de 1995.

1 Pierre Joxe y Charles Pasqua fueron ministros de Interior de gobiernos de izquierda y de derecha, respectivamente. (N. del E.)

2 Y, efectivamente, varios atentados se producirían en Francia en julio del mismo año. (N. del E.)

3 En junio de 1990, el Frente Islámico de Salvación consigue su primer éxito electoral en los comicios municipales. Asimismo, lanza un llamado a una huelga por tiempo indeterminado para tener elecciones presidenciales anticipadas. Los violentos enfrentamientos entre gru-

En el fondo, detrás de la cuestión de los refugiados argelinos, usted ve la de los valores republicanos.

La política policíaca del gobierno francés es una amenaza para la democracia, hasta hoy protegida por el civismo republicano, e instaura costumbres racistas frente a todos aquellos que no tienen una cara, un patronímico o ancestros bien franceses. Las medidas tomadas con los extranjeros socavan las tradiciones universalistas e internacionalistas de Francia [4]. Despiertan, en ciertas categorías sociales, las disposiciones latentes del racismo. No vale la pena decirle a los policías: "Controlen a la gente en función de su fisonomía". Lo hacen sin que uno se los diga.

En este trabajo a favor de los argelinos y, en un sentido más amplio, de los principios republicanos, ¿se siente respaldado por los medios?

La dificultad radica en que, en esta asociación de investigadores, el CISIA [5], somos unos pocos benévolos sin infraes-

---

pos musulmanes y fuerzas del orden desembocan en la declaración del estado de sitio y el arresto de dirigentes del FIS, partido que en diciembre de 1991 triunfa en la primera vuelta de las elecciones legislativas. El entonces presidente argelino renuncia y cede el poder al Alto Comité de Estado (HCE); se anulan las elecciones y luego se instaura el estado de urgencia en febrero de 1992. Los grupos islámicos armados (GIA) reivindican sus primeros atentados. El general Zéroual se coloca al frente del HCE en enero de 1994. Al fracaso del diálogo entre el Estado y el FIS se le suman varios atentados y masacres. El 26 de noviembre de 1994, un encuentro en Roma entre los partidos de oposición (FIS, FLN, FFS) converge en una serie de propuestas destinadas a restaurar la paz civil. A pesar del llamado al boicot formulado por los partidos de oposición, el general Zéroual es elegido presidente en noviembre de 1995. (N. del E.)

4 Se trata de las leyes Pasqua. *Cf.* capítulo I, 1 (N. del E.)

5 Comité internacional de ayuda a los intelectuales argelinos. (N. del E.)

tructura ni demasiadas ganas de mostrarnos en los medios. Al punto que, recientemente, un director de radio exclamó: "Oh, ese CISIA, esa gente que no hace nada: no se los ve nunca". Todo porque hubo una tarde consagrada al tema de Argelia y teníamos cosas más importantes que hacer que salir a parlotear...

¿Existir es aparecer en la radio o en la televisión?

Actualmente, nadie puede iniciar una acción sin el apoyo de los medios. Tan simple como eso. El periodismo termina dominando toda la vida política, científica o intelectual. Habría que crear instancias en las cuales investigadores y periodistas se critiquen mutuamente y puedan trabajar en conjunto. No obstante, los periodistas son una de las categorías más susceptibles: se puede hablar de los curas, de los patrones e incluso de los profesores, pero sobre los periodistas es imposible mencionar las cosas que llegan a hacer...

¡Es el momento de decirlo!

Hay una paradoja de base: es una profesión muy poderosa, compuesta por individuos muy frágiles. Allí se produce una notable discordancia entre el poder colectivo –considerable– y la fragilidad estatuaria de los periodistas, que se encuentran en una posición de inferioridad tanto respecto de los intelectuales como de los políticos. A nivel colectivo, los periodistas arrasan. Desde el punto de vista individual, están en constante peligro. Constituye un oficio muy duro –no por azar hay allí tanto alcoholismo– y los jefecitos son terribles. No sólo se quiebran las carreras, sino también las conciencias, lamentablemente. Los periodistas sufren mucho. Al mismo tiempo se vuelven peligrosos: cuando un ámbito sufre, termina transfiriendo su dolor hacia afuera, bajo la forma de la violencia o el menosprecio.

¿Podría haber reformas en esa esfera?

La coyuntura es muy desfavorable. En el campo del periodismo existe una competencia furiosa, en la cual la televisión ejerce una coacción terrible. Podrían ofrecerse miles de índices, como el de la transferencia de periodistas televisivos a la cabeza de órganos de prensa escrita. Es la televisión la que define el juego: los temas de los que hay que hablar, qué personas son importantes y cuáles no. Con todo, la televisión, alienante para el resto del periodismo, está ella misma alienada, puesto que vive muy particularmente sometida a las imposiciones directas del mercado. (De manera general, si el sociólogo escribiera la décima parte de lo que piensa cuando habla con los periodistas –por ejemplo, sobre la fabricación de los programas–, éstos lo denunciarían por haber tomado partido y por su falta de objetividad, por no hablar de su arrogancia insoportable...) El que pierde dos puntos de *rating* se queda afuera. Esta violencia que pesa sobre la televisión contamina todo el campo de los medios. Se transmite incluso a los espacios intelectuales, científicos, artísticos, que estaban construidos en base al desprecio del dinero y a una indiferencia relativa a la consagración masiva. ¿Se imaginan a Mallarmé esperando ser reconocido en las calles y aplaudido en los *meetings*? Y sin embargo, esos pequeños universos, como la literatura o las ciencias, en las cuales se podía vivir como un desconocido y en la pobreza con la condición de ser estimado por algunos y hacer cosas dignas de realizarse, están actualmente bajo amenaza.

¿Cree que en las condiciones actuales de competencia los medios pueden escuchar sus razones?

Sé que puedo parecer un sabihondo que viene a predicar la moral en un momento en que hay que salvarse como sea

y en que el patrón de *Libération* [6] debe preguntarse todas las mañanas si habrá suficientes anunciantes para publicar su próximo número. Pero es precisamente esa crisis –y la violencia que exacerba– la que lleva a ciertos periodistas a pensar que estos sociólogos no están tan locos como parecían. Entre los periodistas son siempre los jóvenes y las mujeres los más afectados: me gustaría que comprendieran un poco mejor por qué les pasa eso, que no existió necesariamente un error del jefecito –el cual, por su parte, no es demasiado sagaz, pero por eso se lo eligió–, sino que hay una estructura que los oprime. Esta toma de conciencia puede ayudar a soportar la violencia y a organizarse. Tiene la virtud de desdramatizar y proporcionar instrumentos para una comprensión colectiva.

Usted describió los campos del arte y de la ciencia como universos que poco a poco van elaborando reglas. ¿Cómo puede ser que el periodismo no haya podido encontrar las suyas?

En el universo científico, en efecto, hay mecanismos sociales que obligan a los sabios a comportarse moralmente, sean ellos "morales" o no. El biólogo que acepta dinero de un laboratorio para escribir una publicación sin ningún valor... Hay una justicia inmanente. Aquel que transgrede ciertas prohibiciones pierde. Se autoexcluye, se desacredita. Mientras que, en el campo del periodismo, ¿dónde puede localizarse un sistema de sanciones y recompensas? ¿Cómo va a manifestarse la estima hacia el periodista que cumple bien con su trabajo?

Seguramente alguien lo acusará de querer un sistema dirigista, un comité central de los medios...

---

[6] Diario de gran circulación, vinculado al Partido Socialista. (N. del E.)

Lo sé. Pero es todo lo contrario. La autonomía que predico ensancha la diferencia. Y es la dependencia la que genera uniformidad. Si las tres revistas francesas –*L'Express*, *Le Point* y *Le Nouvel Observateur*– tienden a ser intercambiables es porque están sometidas aproximadamente a las mismas coacciones, a las mismas encuestas, a los mismos anunciantes, que los periodistas se pasan unos a otros, y se roban entre sí temas o tapas. Cuando en realidad, si ganaran mayor autonomía respecto de los anunciantes –y de su propio *ranking*, la cantidad de ejemplares vendidos–, respecto de la televisión, que impone los temas importantes, se diferenciarían enseguida. Para limitar los efectos funestos de la competencia, llegué a sugerir, por ejemplo, que los periódicos crearan instancias comunes, análogas a las que se conforman en casos extremos –como en los raptos de niños–, cuando todos se ponen de acuerdo para hacer el *black-out* de la información. En estos casos extremos, los medios dejan a un lado sus intereses competitivos para salvar una suerte de ética común. Para otros temas que sólo se tratan porque otros lo hacen podríamos imaginar una especie de moratoria. En el caso de los libros, el fenómeno es asombroso. Muchos periodistas culturales están obligados a hablar de libros que desprecian, únicamente porque los demás los mencionaron, lo cual contribuye bastante al éxito irresistible de libros lamentables...

Frente a estos medios que le disgustan, usted parece adoptar una actitud que puede criticarse: la del desdén. ¿Por qué?

Una actitud de repliegue, más bien. Pero no es mía exclusivamente. No conozco a ningún gran sabio, ni gran artista, ni gran escritor que no sufra en su relación con los medios. Es un verdadero problema, porque los ciudadanos tienen derecho a escuchar a los mejores. Sin embargo, los

mecanismos de invitación y de exclusión hacen que los teleespectadores se encuentren casi sistemáticamente privados de lo mejor.

Por lo tanto, más que a los periodistas, a usted le gustaría cambiar la televisión.

Lo que se cuestiona no es la herramienta, por supuesto. Podría dar lugar a lo contrario absoluto de lo que hoy sucede. Podría constituir un instrumento de democracia directa pero se transforma en un instrumento de presión simbólica. Para cambiar la televisión haría falta un trabajo considerable: una verdadero esfuerzo democrático.

Tal vez eso parezca demasiado: ¿por qué vemos en la televisión a Pierre-Gilles De Gennes[7]*, que parece tener menos reticencias que usted, y a Bourdieu no?*

El problema de De Gennes en la televisión es que puede hablar de todo porque es el único capaz de hablar de una cosa de la cual no habla.

No comprendo.

Sí... Se lo deja hablar de ingenuidades simpáticas, como cuando propone irrigar el Sahara... Pero nunca escuchamos a De Gennes hablar de física. Habla admirablemente para los profanos, emplea metáforas, hace de cuenta que todo el mundo comprendió, pero la verdad es que nunca habla de física: porque en tres segundos, el *rating*... De modo tal que en nombre de un discurso que no sostiene dice cualquier cosa sobre cuestiones para las cuales no puede sostener ningún discurso.

---

[7] Premio Nobel francés de Física. (N. del E.)

Como sociólogo, ¿le molesta también que el público lo considere "menos científico" que los físicos o los biólogos?

Hay que comparar cosas comparables. Con respecto a la física nuclear, la comparación es demasiado desfavorable para la sociología porque no está constituida en el mismo grado, no está formalizada, etc. Pero comparemos con la historia. Es una ciencia mucho menos avanzada que la sociología y aporta cosas mucho menos decisivas desde el punto de vista de la gestión de la existencia, tanto individual como colectiva. Y bien, nadie le plantea al historiador el problema de su cientificidad. A nosotros sí. No sólo nos ocupamos de temas candentes –mientras que los temas abordados por el historiador están muertos y enterrados–, sino que también competimos con gente que a propósito del mismo objeto pretende llegar a conclusiones definitivas, en nombre de otros principios de validación. A mi principio de validación, que es el mismo que el del físico, le contraponen otro, el del hombre político: el argumento de autoridad o el plebiscito de la cantidad. Es como si se juzgara la validez de un teorema en un sufragio universal.

En el fondo, la sociología tiene el mismo objeto que la política pero las mismas reglas de validación que la ciencia.

Exacto. Y se busca aplicar el conjunto de reglas de validación de la política con el pretexto de que su objeto es político. Si fuera un especialista sobre Bizancio, tendría una posición un poco similar a la de Lévi-Strauss, me escucharían con reverencia e indiferencia. Pero como trabajo sobre el presente y puedo llegar a referirme a Balladur, a Tapie [8] o a periodistas –tema tabú por excelencia–, esa autoridad

[8] Empresario francés convertido a la política. (N. del E.)

resulta cuestionada, a pesar de que puedo exponer razones más fundamentadas y complejas que las del intelectual mediático promedio, alabado por la mayoría de los periodistas –pero al mismo tiempo un poco desdeñado–, que llega con tres fórmulas preadaptadas para la televisión, es decir, simplistas, destinadas a reforzar la opinión común. En estos casos, quienes trabajan en el medio le permiten arrojar su ensalada, que tal vez sume puntos de *ranking*. Pero si pidiera lo mismo para mí y para otros me denunciarían por arrogante.

Cuando la verdad es complicada –algo que ocurre las más de las veces– sólo se la puede exponer de manera difícil, a menos que se termine hablando de otra cosa, como hace Pierre-Gilles De Gennes... Nuestro trabajo reside no sólo en ir contra la opinión común y contra nuestras propias anteojeras sociales, sino también en utilizar un lenguaje que se oponga a la divulgación de la verdad científica, que es siempre contestataria. Hasta las palabras están preparadas de modo que no se pueda hablar del mundo tal como es.

3

Interrogantes acerca de un *quiproquo**

¿Por qué es tan difícil que los periodistas nos entiendan cuando hablamos del periodismo? ¿Por qué no podemos escribir nada acerca de esa profesión sin tener que justificarnos, a veces frente a los Tribunales? ¿Por qué es hoy tan peligroso estudiar aquellos temas que abordan algunos buenos escritos periodísticos sobre cuestiones de la televisión sin encontrar editor?

¿Por qué quienes detentan casi un monopolio de la difusión masiva de la información no toleran el análisis de los mecanismos que rigen la producción de la información y, menos aun, la difusión de la menor información al respecto? ¿Por qué un libro del cual hasta el día de hoy no se dijo ni una palabra en un diario preocupado por su reputación de seriedad, y que ya pasó por las manos de 70.000 lectores [1], sin duda menos convencidos que los periodistas de la transparencia del periodismo, es objeto de un juicio altanero?

---

* Este texto, publicado por *Le Monde Diplomatique* (febrero de 1996, p. 26), respondía a un artículo de Edwy Plenel, "Le faux procès du journalisme" ["El falso proceso del periodismo"], advertencia del director de redacción del diario *Le Monde*, quien intentó asumir el rol de abogado de los artesanos de la profesión contra los libros de Pierre Bourdieu, *Sur la television* y Serge Halimi, *Les nouveaux chiens de garde*.

1 A fines de 2001, *Les nouveaux chiens de garde*, de Serge Halimi, llevaba vendidos más de 220.000 ejemplares. Hasta esa fecha *Le Monde* nunca había publicado una crítica del libro. (N. del E.)

¿Quién negó jamás que hubiera eminentes periodistas más bien del lado de los periodistas de encuesta y de investigación que de los editorialistas o animadores? ¿Cuál es la fatalidad que hace que, por identificar la descripción más objetivista de los mecanismos con un panfleto *ad homines,* los periodistas se yergan como un solo hombre contra el análisis iconoclasta? ¿Por qué los más sensibles e íntegros de los periodistas, inquietos por la imagen real e ideal del periodismo defienden al conjunto de la profesión y por lo tanto a los más indefendibles –ellos lo saben mejor que nadie– de sus colegas?

¿Por qué en este campo altamente diferenciado que es el periodismo, atravesado, como la Iglesia o el mundo académico, por competencias y conflictos entre personas que realizan tareas muy distintas –o que llevan a cabo el mismo trabajo de modos divergentes– la astucia de la razón social, que tiene miles de trucos en su bolsa, quiere que sea el cura-obrero ejemplar o el devoto cura de parroquia quien tome las armas para defender a los cardenales prevaricadores o a los obispos corruptos contra adversarios que en el fondo son sus aliados y que, como todos los herejes, no hacen más que invitarlos a que la profesión retorne a la pureza ideal de sus comienzos?

4

¿Puede la televisión criticarse a sí misma?*

Escribí estas notas en los días que siguieron a mi participación en el programa "Arrêt sur images". Tenía, en aquel momento, la sensación de que se había abusado de mi confianza, pero no estaba en mis planes hacerlo público, creyendo que sería algo desleal. Pero he aquí que luego se difundió cuatro veces un nuevo programa de la misma serie –¡qué encarnizamiento!–, con fragmentos de mis intervenciones, presentando el ajuste de cuentas retrospectivo llevado a cabo por el programa como una audaz autocrítica. Cuánto coraje, por cierto: nadie se preocupó por oponer "contradictores" a los tres espadachines encargados de efectuar la crítica.

La reincidencia bien vale como confesión: frente a una ruptura tan evidente del contrato de confianza que debería unir al anfitrión con el invitado, me siento libre de publicar estas observaciones, que cada uno podrá verificar fácilmente. Aquellos que después de haber visto el primer programa hubieran podido dudar de que la televisión es un formidable instrumento de dominación, esta vez deberían estar convencidos: Daniel Schneidermann, productor del

---

* Versión inicial de un texto publicado en *Le Monde diplomatique*, abril de 1996, p. 25.

programa, proporcionó las pruebas –a pesar suyo– al mostrar que la televisión es el lugar en el cual ambos presentadores pueden triunfar sin dificultades, frente a todos los críticos del orden televisivo.

"Arrêt sur images", La Cinquième [1], 23 de enero de 1996. La emisión revela a la perfección lo que yo intentaba demostrar: la imposibilidad de sostener en televisión un discurso coherente y crítico sobre ella misma. Previendo que no podría desplegar mi argumentación, mi proyecto era dejar que los periodistas practicaran su juego habitual –cortes, interrupciones, desvíos, etc.– y decir, en algún momento, que con eso ilustraban magistralmente mi propósito. Me hubiera hecho falta fuerza y vehemencia para expresarlo como conclusión, en vez de hacer educadas concesiones al "diálogo", impuestas por el sentimiento de haber sido demasiado violento y de haber herido inútilmente a mis interlocutores.

Daniel Schneidermann me había propuesto en varias ocasiones participar de su programa pero yo siempre me había rehusado. A principios de enero él reitera su pedido, con cierta insistencia, para una emisión sobre el tema: "¿La televisión puede hablar de los movimientos sociales?" Dudo bastante, temiendo perder una ocasión de realizar un análisis crítico de la televisión *en televisión*.

Después de haber sentado un acuerdo vinculado con el dispositivo, vuelvo a hablar con Daniel Schneidermann, quien de golpe propone, como si se tratara de algo obvio, que hace falta un "contradictor"; no recuerdo demasiado bien sus argumentos. Decido ceder, por una especie de respeto al decoro: no aceptar el debate, sin importar en

---

[1] Canal 5 de Francia. (N. del E.)

qué condiciones ni con quién, es una falta contra la democracia. Daniel Schneidermann sugiere algunos posibles interlocutores, en especial un diputado del RPR [2] que había cuestionado el seguimiento televisivo de la huelga. Lo cual supone que espera que yo tome la posición contraria, cuando lo que me pide es análisis, mostrando así que, como la mayoría de los periodistas, identifica el análisis con la crítica.

Propongo entonces a Jean-Marie Cavada, por tratarse del director del canal que emitirá el programa, y también porque siempre lo he visto ejercer esa violencia suave y menos visible: con apariencia de equidad formal utiliza todos los recursos de su posición para ejercer una coerción que orienta fuertemente los debates; mis análisis tendrán así una mayor validez. Aunque había proclamado que no lo incomodaba en absoluto el hecho de que yo cuestionara al director del canal y que no tenía que limitarme en mis "críticas", Daniel Schneidermann excluye a Jean-Marie Cavada y llama a Guillaume Durand. Me invita a proponer extractos de programas que pudieran presentarse para defender mis análisis. Le ofrezco una primera lista –con numerosas referencias a Cavada y a Durand–, lo cual me lleva a revelar mis intenciones.

En una segunda conversación, percibo que muchas de mis propuestas de extractos habían sido reemplazadas por otras. En el programa final vería aparecer un prolongado paneo sin interés destinado a mostrar que los espectadores pueden decir las cosas más diversas acerca de la representación televisual de las huelgas, y por lo tanto a relativizar

---

2 Rassemblement pour la République, partido del entonces presidente Jacques Chirac. (N. del E.)

de entrada las "críticas" que yo pudiera hacer –y esto con el pretexto de recordar la eterna primera lección sobre los medios: el montaje puede hacer que las imágenes digan cualquier cosa. En una conversación ulterior, me avisan que Jean-Marie Cavada ha decidido participar y que no se le puede negar el derecho a réplica, puesto que ha sido cuestionado.

Desde la primera conversación yo había pedido expresamente que mis intervenciones durante las huelgas de diciembre no fueran mencionadas, porque no venían al caso y porque darían la impresión de que los análisis de la sociología pueden sufrir las interferencias de las tomas de posición. Y a pesar de ello, al comienzo de la emisión, la periodista Pascale Clark anuncia que yo me había pronunciado a favor de la huelga y que me había mostrado "muy crítico de la presentación que los medios habían efectuado", cuando en realidad yo no había expresado públicamente nada sobre el tema. Insiste con la primera pregunta, a propósito de las razones por las cuales no me había expresado en televisión durante las huelgas.

Frente a esta nueva falta a la promesa que se me había hecho para obtener mi participación, dudo bastante, preguntándome si tengo que irme o responder. De hecho, a través de esa intervención que me colocaba de entrada frente a la alternativa de la sumisión resignada a la manipulación o el escándalo, hostil a las reglas del debate "democrático", el tema que ambos "contradictores" no cesarían de repetir durante todo el programa ya estaba sentado: ¿cómo se puede pretender una ciencia objetiva de la representación de un acontecimiento una vez que ya se tomó partido?

A lo largo de las discusiones telefónicas, también señalé que los "contradictores" ahora eran dos, y dos pro-

fesionales –aunque después del breve intento que haré para analizar la situación en que me encontraba se verá que eran cuatro–; confiaba en que no abusarían de la ventaja que de ese modo habían obtenido. De hecho, animados por la arrogancia y la certeza de tener la razón, no cesaron de quitarme la palabra, interrumpirme, profiriendo jactancias explícitas: creo que en esa emisión en la que como invitado principal me correspondía presentar un análisis sociológico de un debate televisado debí tomar la palabra como máximo durante veinte minutos, no para exponer mis ideas sino para discutir con interlocutores que rechazaban cualquier trabajo de análisis.

Daniel Schneidermann me llamó muchas veces, hasta el día del programa, y le hablé con la más entera confianza –condición tácita, al menos para mí, de la participación en un diálogo público–, desnudando así todas mis intenciones. No me dijo nada, en ningún momento, de los designios de mis "contradictores". Cuando le pregunté si tenía pensado mostrarles con anticipación los extractos que había escogido –lo cual implicaba develar todas mis armas–, me contestó que si se lo pedían no podía negarse... Después del programa me expresaría su satisfacción y su alegría por el hecho de que un "gran intelectual" –obsecuencia– se hubiera tomado la molestia de estudiar y discutir la cuestión de la televisión, pero también y sobre todo cuánto admiraba a mis "contradictores" por haber "participado del juego" y por haber aceptado valientemente la crítica...

El día del programa, hacia las 14 hs., en el momento en que me preparaba para salir, Daniel Schneidermann me llama para decirme que estaba algo fastidiado porque había escuchado que yo planeaba ir con Pierre Carles, que

rodaba una película sobre mí[3]. Me advierte que el cineasta, a quien él conoce muy bien, no perderá la oportunidad de servirse de todas las imágenes que pueda tomar para ridiculizar a mis interlocutores y a mí mismo y sugerir una visión sospechosa de nuestras interacciones y relaciones. Le digo a Pierre Carles que lo llame; Daniel Schneidermann no se atreve a prohibirle el acceso al estudio y partimos juntos. Mientras esperamos en la entrada, Daniel Schneidermann llega en persona para anunciar, bastante incómodo, que Pierre Carles no podrá ingresar.

Los "contradictores" y los presentadores, antes de la grabación, me dejan solo en una mesa durante cerca de una hora. Guillaume Durand viene a sentarse enfrente mío y me increpa sobre lo que juzga que es mi complicidad con los socialistas; está mal informado... Exasperado, le contesto con crudeza. Permanece largo rato en silencio, muy molesto. La presentadora, Pascale Clark, intenta distender la atmósfera. "¿A usted le gusta la televisión? –La detesto". Y la cuestión se queda allí. Me pregunto si no debería irme. Pienso en Pierre Boulez[4] hostigado por un ensayista arisco y penoso, viejo acólito de Jack Lang cuyo nombre he olvidado. Pienso en todos esos sabios, convocados al tribunal de los "testigos" por François de Closets[5]

---

3 *La sociologie est un sport de combat [La sociología es un deporte de combate]* (C-P Productions, 2001) es una presentación de la sociología de Pierre Bourdieu a través de algunas de las facetas del sociólogo en acción (1998-2001). Otro film de Pierre Carles, *Enfin pris! [¡Al fin atrapado!]*, vuelve sobre este pasaje televisivo y analiza la "pseudo-crítica a lo Schneidermann" que Pierre Bourdieu veía como "una manera de subir el *rating* y restaurar su buena conciencia". (N. del E.)

4 Músico. (N. del E.)

5 Presentador de televisión. (N. del E.)

e interpelados por los "contradictores" para que siga la función.

Si al menos pudiera creer que lo que estoy haciendo tiene alguna utilidad y que soy capaz de probar que he venido para hablar de este nuevo instrumento de manipulación... De hecho, tengo la impresión de haber logrado únicamente ponerme en la situación del pescado disoluble –siendo además consciente de ello– que será arrojado al agua.

La disposición alrededor de la mesa: los "contradictores" están sentados, como perros de porcelana –y guardianes–, a ambos lados del presentador, y yo estoy al costado, frente a la presentadora. Me llaman el "conductor" de la emisión: apenas cuatro de mis propuestas han sido respetadas y cuatro "temas" se han agregado, entre los cuales figuran dos paneos muy extensos y algunos reportajes, destinados todos a mostrar la relatividad de cualquier "crítica" y al mismo tiempo la objetividad de la televisión. Pero también habían preparado secciones que no salieron y que tenían por objetivo resaltar la violencia de los huelguistas contra la pantalla chica.

Conclusión –que ya tenía escrita antes de la emisión–: no se puede cuestionar la televisión en televisión porque sus dispositivos se imponen incluso en los programas críticos. El programa acerca de cómo la televisión había abordado la cuestión de las huelgas reprodujo la misma estructura de los programas sobre las huelgas.

LO QUE HUBIERA QUERIDO DECIR

La televisión, instrumento de comunicación, *se utiliza para censurar* –ocultar mostrando– y al mismo tiempo *está sometida a una fuerte censura.* Uno querría emplearla para des-

nudar su monopolio y el de los instrumentos de difusión; la televisión es la herramienta que permite hablar a la multitud, más allá de los límites del campo profesional. Pero en ese intento uno puede dar la impresión de querer servirse de la pantalla chica, como hacen los "mediáticos", para actuar en ese terreno, para conquistar un poder simbólico y una celebridad –mal– adquirida entre los profanos, es decir, fuera del campo. Habría que verificar siempre que uno puede ir a la televisión para y solamente para sacar provecho de la característica específica del medio –el hecho de que permite dirigirse a la multitud–, y por lo tanto para expresar cosas que merecen ser dichas a la muchedumbre, por ejemplo que en televisión no puede decirse nada.

Criticar la televisión en televisión es tratar de invertir su poder simbólico contra sí mismo, con todo el riesgo que eso implica: aunque uno parezca sacrificar su narcisismo, será acusado de buscar ventajas simbólicas por vía de la denuncia y caerá en el juego de quienes sí obtienen beneficios simbólicos, es decir, los "mediáticos".

EL DISPOSITIVO: DE LO MÁS VISIBLE A LO MÁS OCULTO

El rol del presentador:

• Impone la problemática, en nombre del respeto de reglas formales de geometría variable y en nombre del público, mediante instrucciones ("¿Qué es...?", "Seamos precisos...", "Responda a mi pregunta", "Explíquenos...", "Todavía no me ha contestado...", "Sigue sin decirnos cuál es la reforma que desea..."), verdaderas intimaciones que colocan al interlocutor en el banquillo de los acusados. Para darle autoridad a su palabra, se presenta como el portavoz de los auditores: "La pregunta que todo el mundo se hace...",

"Es importante para los franceses..." Puede incluso referirse al "servicio público" para situarse en el punto de vista de los "usuarios" en la descripción de la huelga.

• Distribuye la palabra y los signos de importancia (tono respetuoso o desdeñoso, atento o impaciente, títulos, orden de la palabra, quién es último o primero, etc.).

• Crea la urgencia y se sirve de ella para imponer la censura, interrumpe, no deja hablar, y esto en nombre de las inquietudes del público –es decir, suponiendo que los auditores no comprenderán– o simplemente de su inconsciente político o social.

Estas intervenciones están siempre diferenciadas: por ejemplo, las órdenes siempre se dirigen a los sindicalistas ("¿Y usted qué nos propone?") con un tono decidido, separando las sílabas; idéntica actitud para los cortes ("Vamos a hablar... Gracias señora, gracias..."), agradecimiento expeditivo que contrasta con el que reciben los personajes reconocidos. Es el comportamiento global el que difiere, según se trate de un personaje "importante" o de uno cualquiera: postura del cuerpo, mirada, tono de la voz, palabras estimulantes ("sí... sí... sí..." o el impaciente "sss", escéptico, que presiona y desalienta), tiempo para hablar. El delegado de la CGT [6] tendrá unos escasos cinco minutos sobre la hora y media del programa "La marche du siècle" ["La marcha del siglo"].

El presentador hace las veces de anfitrión de su mesa ("mi programa", "mis invitados": la interpelación brutal que arroja sobre quienes cuestionan su modo de conducir el debate recibe los aplausos de los presentes, que conforman una suerte de *claque*).

---

[6] Confederación General de los Trabajadores. (N. del E.)

La composición de la mesa:

• Deriva de todo un trabajo previo de invitación selectiva y rechazo. La peor *censura* es la *ausencia*; las palabras de los ausentes se excluyen de manera invisible. De allí el dilema: el rechazo invisible –virtuoso– o la trampa.

• Obedece al cuidado del equilibrio formal, por ejemplo, con la igualdad de los tiempos para hablar en los "cara a cara", que sirve de máscara para las desigualdades reales: en los programas sobre la huelga de diciembre de 1995, de un lado un pequeño número de actores percibidos y presentados como gente comprometida, con una posición tomada, y del otro algunos observadores introducidos como árbitros, perfectamente neutros. Es decir: los *presuntos culpables* –de molestar a los usuarios–, de quienes se espera una *explicación*, y los árbitros imparciales o los expertos que pasarán a *juzgar*.

• La apariencia de objetividad está asegurada por el hecho de que los compromisos de algunos participantes están disfrazados (a través del juego con los títulos o la explicitación de las funciones del experto: por ejemplo, Alain Peyrefitte aparece como "escritor" y no como "senador de RPR" o "presidente del comité editorial del *Figaro*[7]", Guy Sorman es presentado como "economista" y no como "consejero de Alain Juppé[8]".)

La lógica del juego de lenguaje:

El juego beneficia a los profesionales del verbo, de la palabra autorizada.

---

7 Importante diario francés de derecha. (N. del E.)

8 Primer Ministro del partido de Chirac, de 1995 a 1997. (N. del E.)

• El debate democrático concebido bajo el modelo del combate de box permite presentar un recurso de *rating* –el "cara a cara"– como el paradigma del intercambio democrático.

• Las afinidades entre una parte de los participantes: los "mediáticos" vienen del mismo mundo. Son como parientes que ofrecen garantías: no sólo se sabe que encajan bien –o, como dicen los profesionales, son "buenos clientes"–, sino que siempre se tiene la certeza de que no habrá sorpresas. La censura más lograda consiste en dejar hablar a gente que no dirá más que aquello que se espera que se diga, o, mejor aun, que no tiene nada para decir. Los títulos que se le otorga contribuyen a autorizar su palabra.

• Frente a esta situación, no hay igualdad entre los diferentes participantes: por un lado están los profesionales de la palabra, capaces de manipular el lenguaje como más les convenga; por el otro, personas desarmadas y poco acostumbradas a tomar la palabra en público. Pensemos en los sindicalistas y, más aun, en los trabajadores que frente a la cámara balbucean, hablan precipitadamente, se enredan o, para escapar del miedo, se hacen los graciosos, y que, algunos minutos antes, en un situación normal, podrían haber dicho cosas acertadas y significativas. Para asegurar la igualdad habría que favorecer a los desfavorecidos, ayudarlos con la mirada, darles tiempo, etc.; sin embargo, termina sucediendo lo contrario.

• Juega un papel relevante el inconsciente de los presentadores, sus hábitos profesionales. Por ejemplo, su sumisión, su rol de intermediarios culturales semi-sabios o autodidactas, inclinados a reconocer los signos académicos, convenidos, de reconocimiento. Son el dispositivo –o sea, el *rating*– hecho hombre: cuando interrumpen asuntos que consideran demasiado difíciles, actúan sin duda de buena

fe, con sinceridad. Son el relevo perfecto de la estructura. Y si no lo fueran, serían despedidos.

• En su visión de la huelga y de los huelguistas, ponen en juego su inconsciente de privilegiados: de unos exigen justificaciones o temores ("Comente sus miedos", "¿Usted de qué se queja?"), de otros esperan juicios ("¿Usted qué piensa?").

5

Preguntas a los verdaderos amos del mundo*

Sería un poco ridículo para mí tratar de exponer el estado del mundo mediático a individuos que lo conocen mejor que yo. A personas que se hallan entre las más poderosas del mundo, con ese poder que no es sólo el del dinero sino el que el dinero puede dar sobre los espíritus. Ese poder simbólico que en la mayoría de las sociedades era propio del poder político o económico y hoy está en las manos de las mismas personas, aquellas que detienen el control de los grandes grupos de comunicación, es decir, del conjunto de los instrumentos de difusión de los bienes culturales.

Me encantaría someter a estas personas tan influyentes a un interrogatorio similar al que Sócrates planteaba a los poderosos de su tiempo [1]. No estoy en condiciones de hacerlo, pero de todos modos quisiera arrojar algunas pre-

---

* Intervención realizada frente a un panel conformado por los directores de los mayores grupos de la industria de la comunicación, durante las jornadas Canal+/MTR (París, 11 de octubre de 1999). El texto se publicó en *Le Monde* (14 de octubre de 1999) y en *Libération* (13 de octubre de 1999) con el título "Maîtres du monde, savez-vous ce que vous faites?" ["Amos del mundo: ¿acaso saben lo que hacen?"].

1 Le preguntaba, con mucha paciencia e insistencia, a un general célebre por su coraje qué es el coraje, o a un hombre conocido por su piedad qué es la piedad, y así sucesivamente, mostrando en cada ocasión que no sabían lo que decían.

guntas –que a estas personas seguramente ni se les ocurren, en especial porque no tienen tiempo– que remiten todas a una sola: Amos del mundo, ¿acaso ustedes dominan su dominio? O para decirlo más sencillamente, ¿saben qué es lo que están haciendo y todas las consecuencias que ello acarrea? Preguntas a las cuales Platón respondía con una fórmula célebre que sin duda también se aplica aquí: "Nadie es malvado voluntariamente".

Nos dicen que la convergencia tecnológica y económica de lo audiovisual, las telecomunicaciones y la informática y la confusión de las redes hacen que las protecciones jurídicas se vuelvan completamente inoperantes e inútiles; nos aseguran que la profusión tecnológica ligada a la multiplicación de los canales temáticos responderá a la demanda potencial de los consumidores más diversos y que gracias a esta *explosion of media choices* todas las demandas recibirán una oferta adecuada; en suma, que todos los gustos conseguirán satisfacerse. Afirman que la competencia, en especial cuando está asociada al progreso tecnológico, es sinónimo de "creación". Podría ilustrar cada una de mis aserciones con decenas de referencias y citas que me harían caer en la redundancia. Pero daré un ejemplo que condensa casi todo lo que quiero expresar, y que le tomo prestado a Jean-Marie Messier: "Se crearon millones de empleos de Estados Unidos gracias a la liberalización completa de las telecomunicaciones. ¡Ojalá Francia pudiera inspirarse en ello! Lo que está en juego es la competitividad de nuestra economía y los empleos de nuestros hijos. Debemos salir del letargo y abrir de par en par las puertas de la competencia y la creatividad".

Sin embargo, también nos dicen que la competencia de los nuevos ingresantes, mucho más poderosos –que provienen de las telecomunicaciones y la informática– es

tan fuerte que al ámbito audiovisual le cuesta cada vez más resistir; que las cifras de derechos, en especial en materia de deportes, son cada vez más elevadas; que todo lo que producen y hacen circular los nuevos grupos de comunicación tecnológica integrados económicamente –desde publicidades de televisión hasta libros, películas o juegos televisivos– debe recibir el mismo trato que cualquier otra mercancía; y que este producto industrial estándar tiene que obedecer por lo tanto a la ley común, la del beneficio, fuera de toda excepción cultural sancionada por limitaciones reglamentarias, como el precio único en los libros o las restricciones de difusión. Nos dicen finalmente que la ley del beneficio, es decir, la ley del mercado, es claramente democrática, pues otorga el triunfo al producto plebiscitado por la mayoría.

Deberíamos confrontar cada una de estas "ideas" no con otras ideas –correríamos el riesgo de pasar por ideólogos perdidos en las nubes– sino con hechos: a la idea de la diferenciación y diversificación extraordinaria de la oferta podríamos oponerle la extraordinaria uniformización de los programas de televisión; las múltiples redes de comunicación tienden cada vez más a difundir –a menudo a la misma hora– el mismo género de productos, juegos, *soap operas*, música comercial, melodramas sentimentales del tipo *telenovela* [2], series policíacas que da igual que sean francesas, como Navarro, o alemanas, como Derrick, y tantos otros productos surgidos de la búsqueda de beneficios máximos con costos mínimos; o, en un ámbito muy diferente, la homogeneización creciente de los periódicos y, sobre todo, de las revistas semanales.

---

[2] En español en el original. (N. del T.)

Otro ejemplo. A las "ideas" de competencia y diversificación podríamos oponerle la concentración extraordinaria de los grupos de comunicación[3]. La suma de las actividades de producción, explotación y difusión desencadena abusos de posición dominante que favorecen a las películas de la misma empresa: Gaumont, Pathé y UGC proyectan el 80% de las películas de exclusividad presentes en el mercado parisino; habría que mencionar también la proliferación de cines *multiplex* que incurren en una competencia desleal con las pequeñas salas independientes, condenadas a menudo a cerrar sus puertas.

Pero lo esencial es que las preocupaciones comerciales y en particular la búsqueda del beneficio máximo a corto plazo se imponen más y más en el conjunto de las producciones culturales. De esta manera, en la edición de libros –ámbito que he estudiado de cerca– las estrategias de los editores se limitan a orientarse inequívocamente hacia el éxito: cuando las editoriales están integradas por grupos multimedias deben extraer tasas de beneficio muy elevadas. Podría citar aquí a Thomas Middlehoff, director de Bertelsman: según el periódico *La Tribune*, "le dio dos años a los 350 centros de beneficio para cumplir con las exigencias. [...] De aquí a fines de 2000, todos los sectores deberán garantizar más del 10% de rentabilidad sobre el capital invertido".

Es momento de empezar a plantear preguntas. Hablé de producciones culturales. ¿Acaso se puede seguir hablan-

---

[3] Concentración que, como lo muestran las fusiones de Viacom y CBS –un grupo orientado hacia la producción y otro a la difusión– o de Time Warner y America Online, conduce a una *integración vertical que hace que la difusión impere sobre la producción.*

do hoy, y se podrá seguir haciéndolo mañana, de producciones *culturales* y de cultura? A quienes construyen el nuevo mundo de la comunicación y son construidos por él les gusta evocar el problema de la velocidad, los flujos de información y las transacciones que se vuelven cada vez más rápidas; en parte tienen razón cuando piensan en la circulación de la información y en la rotación de los productos. Dicho esto, la lógica de la velocidad y del beneficio que se reúnen en la *búsqueda del beneficio máximo a corto plazo* –el *rating* para la televisión, el número de lectores para los libros y diarios y la cantidad de espectadores para las películas– me parecen difícilmente compatibles con la idea de cultura. Como decía Ernst Gombrich, el gran historiador del arte, cuando las "condiciones ecológicas del arte" se destruyen, éste y la cultura no tardan en morir.

A modo de prueba, podría contentarme con mencionar lo que resultó del cine italiano, que fue uno de los mejores del mundo y que sobrevive sólo gracias a un puñado de cineastas, o del cine alemán o del de Europa del Este. O la crisis que conoce en todas partes el cine de autor por la falta, entre otras cosas, de circuitos de difusión. Y ni hablemos de la censura que los distribuidores pueden imponer a ciertas películas como la de Pierre Carles, que no por casualidad versaba acerca de la censura en los medios. O incluso el destino de una radio cultural como France Culture, uno de los pocos lugares de libertad frente a la presión del mercado y del *marketing* editorial, que hoy está entregada a la liquidación en nombre de la modernidad, el *rating* y las connivencias mediáticas.

Pero únicamente podemos comprender realmente lo que significa la reducción de la cultura al estado de producto comercial si recordamos cómo se constituyeron los universos de producción de las obras que consideramos

universales en el terreno de las artes plásticas, la literatura o el cine. Todas las obras expuestas en los museos, todas esas obras de la literatura que se convirtieron en clásicos, todas esas películas conservadas en las cinematecas y en los museos del cine son el producto de universos sociales que se conformaron de a poco, liberándose de las leyes del mundo ordinario y en particular de la lógica del beneficio. Pensemos en el siguiente ejemplo: el pintor del *quattrocento* tuvo que luchar contra los apoderados para que su obra dejara de ser tratada como un simple producto y evaluada en función de la superficie pintada y de los colores empleados; debió pelear para obtener el derecho de firmar, es decir, el derecho de ser tratado como un autor; debió combatir por la singularidad, la unicidad, la calidad y gracias a la colaboración de los críticos, biógrafos y profesores de historia del arte se impuso como artista, como "creador".

Pero todo esto es lo que se encuentra hoy amenazado por la reducción de la obra a un mero producto o mercancía. Las luchas actuales de los cineastas por el *final cut* y contra la pretensión del productor de retener el derecho final sobre la obra son el equivalente exacto de los esfuerzos del pintor del *quattrocento*. Fueron necesarios casi cinco siglos para que los pintores obtuvieran el derecho de escoger los colores empleados, la manera de emplearlos, y luego el derecho de elegir el tema, en especial haciéndolo desaparecer, con el arte abstracto, para gran escándalo del apoderado burgués. Asimismo, para tener un cine de autor hace falta todo un universo social, pequeñas salas y cinematecas que proyecten películas clásicas y que sean visitadas por los estudiantes, cineclubs dirigidos por profesores de filosofía formados por la frecuentación de dichas salas, críticos bien preparados que escriban en los

Cahiers du cinéma[4], cineastas que hayan aprendido su oficio viendo películas que reseñaban en esos *Cahiers*, en fin, todo un medio social en el cual un cierto tipo de cine sea reconocido como valioso.

Estos universos sociales están bajo amenaza por la irrupción del cine comercial y el dominio de los grandes difusores, con los cuales deben contar los productores –salvo cuando éstos también trabajan de difusores–: son la culminación de una larga evolución y hoy se hallan en un proceso de *involución*. Presenciamos una regresión de la obra al producto, del autor al ingeniero o al técnico que utiliza los famosos efectos especiales o acude a grandes estrellas, recursos extremadamente costosos, para manipular o satisfacer las pulsiones primarias del espectador, pulsiones a menudo anticipadas gracias a las investigaciones de otros técnicos: los especialistas en *marketing*. Y sin embargo sabemos todo el tiempo que hace falta para crear creadores, es decir, espacios sociales de productores y receptores en el interior de los cuales aquellos puedan aparecer, desarrollarse y tener éxito.

Reintroducir el reino del comercio y de lo "comercial" en universos que muy lentamente se habían construido contra él es poner en peligro las obras más altas de la humanidad, el arte, la literatura e incluso la ciencia. No creo que alguien realmente pueda desear eso. Por tal razón al comienzo recordaba la célebre fórmula platónica: "Nadie es malvado voluntariamente". Si las fuerzas de la tecnología aliadas con las fuerzas de la economía, la ley del beneficio y de la competencia amenazan la cultura, ¿qué podemos hacer para contrarrestarlas? ¿Qué podemos

[4] Revista de cine. (N. del E.)

hacer para fortalecer las chances de aquellos que sólo pueden existir en los plazos largos, aquellos que, como los pintores impresionistas de otro tiempo, trabajan para un mercado póstumo? Me refiero a los que se esfuerzan para que sobrevenga un nuevo espacio, en oposición a quienes se someten a las exigencias del mercado actual y reciben beneficios inmediatos, materiales, económicos o simbólicos (premios, condecoraciones o renombre académico).

Me gustaría convencerlos –pero me haría falta bastante más tiempo– de que perseguir el beneficio inmediato máximo en el mercado de los libros, las películas o las pinturas no significa necesariamente obedecer *propiamente a la lógica del interés:* identificar la búsqueda del máximo beneficio con la búsqueda del máximo público es exponerse a perder el público actual sin adquirir ningún otro, a perder el público relativamente restringido de los que leen mucho, frecuentan mucho los museos, los teatros y los cines, sin ganar por eso nuevos lectores o espectadores ocasionales. Si tenemos en cuenta que al menos en los países desarrollados la duración de los estudios básicos no cesa de crecer, y lo mismo respecto del nivel de instrucción media y todas las prácticas ligadas a ella –visitas a museos, teatros, lectura, etc.–, podemos pensar que una política de inversión económica en productores y productos "de calidad" puede ser económicamente rentable a mediano plazo.

Por lo tanto la elección no es entre la "globalización", es decir, la sumisión a las leyes del comercio y en consecuencia al reino de lo "comercial" –que siempre se distingue de lo que casi universalmente se entiende por cultura– y la defensa de las culturas nacionales o tal o cual forma de nacionalismo o localismo cultural. Los productos *kitsch* de la "globalización" comercial, la película de entretenimiento con efectos especiales o incluso la *world fiction* cuyos

autores pueden ser italianos o ingleses, se contrapone a los productos de la internacional literaria, artística y cinematográfica cuyo centro está en todas partes y en ninguna, aun si por mucho tiempo se halló en París, Londres o Nueva York, sedes de una tradición nacional de internacionalismo artístico. Así como Joyce, Faulkner, Kafka, Beckett o Gombrowicz, productos puros de Irlanda, Estados Unidos, Checoslovaquia o Polonia florecieron en París, muchos cineastas contemporáneos como Kaurismaki, Manuel de Olivera, Satyajit Ray, Kieslowski, Woody Allen, Kiarostami –y tantos otros– deben sus logros a esa internacional literaria, artística y cinematográfica situada en París. Sin duda porque allí, por razones estrictamente históricas, ese microcosmos de productores, críticos y receptores informados que resulta tan vital se constituyó hace mucho tiempo y pudo sobrevivir hasta hoy [5].

Insisto: lleva muchos siglos crear productores que trabajen para mercados póstumos. Colocar por un lado una "globalización" supuestamente vinculada al poderío económico-comercial, al progreso y la modernidad y por otro un nacionalismo atado a formas arcaicas de conservación de la soberanía no ayuda a comprender el problema. En realidad presenciamos una lucha entre una potencia comercial que pretende expandir universalmente los intereses particulares del comercio y de sus amos y una resistencia cultural basada en la defensa de las obras universales producidas por la internacional desnacionalizada de los creadores.

Quisiera terminar con una anécdota histórica también ligada a la cuestión de la velocidad y que en mi opinión

---

[5] *Cf.* Pascale Casanova, *La République mondiale des lettres*, Seuil, París, 1999.

señala bastante bien las relaciones que un arte liberado de las presiones del comercio podría mantener con los poderes temporales. Se cuenta que Miguel Angel empleaba tan pocas formas protocolares en su vínculo con el Papa Julio II, su apoderado, que éste se veía obligado a sentarse muy rápido para impedir que Miguel Angel se sentara antes que él. En cierto sentido, podría decir que aquí he intentado perpetuar, muy modestamente, pero con total fidelidad, la tradición inaugurada por Miguel Angel: distanciarse de los poderes y muy especialmente de esas nuevas fuerzas que se apoyan en el dinero y en los medios.

III

Resistiendo a la contrarrevolución liberal

1

Carta abierta a los miembros de la misión de la ONU en Argelia*

En conformidad con el pedido formulado por el secretario general de las Naciones Unidas, una delegación presidida por Mario Soares y compuesta por Simone Veil, MM. I. K. Jurgal, Abdel Karim Kabariti, Donald McHenry y Amos Wako, debe viajar a Argelia el próximo 22 de julio para una "misión de información" de quince días. En tanto miembros del Comité Internacional por la Paz, la Democracia y los Derechos del Hombre en Argelia –recientemente creada en París–, debemos alegrarnos por la iniciativa. Esperamos fervientemente que ayude a arrojar luz sobre una situación compleja, confusa y opaca y contribuir así al retorno de la paz civil en Argelia.

El gobierno argelino aceptó la misión y le prometió un "acceso libre y completo" a todas las fuentes de información. Por cierto, no dudamos de que sus miembros podrán encontrarse con representantes de las fuerzas vivas de la nación. Los ministros competentes les explicarán así que hoy en Argelia se vive con absoluta normalidad, aun cuan-

---

* Texto elaborado en julio de 1998 y firmado junto con Majd Benchikh, Tassadit Yacine (Argelia), Patrick Baudoin, François Gèze, Pierre Vidal-Naquet (Francia), Anna Bozzo (Italia), Inga Brandel (Suecia) y Werner Ruf (Alemania).

do todavía exista un "terrorismo residual". Les indicarán que su erradicación es obstaculizada por la gran tolerancia de los gobiernos occidentales respecto de los grupos islámicos clandestinos que utilizan sus países como bases para ejercer el terrorismo en Argelia. E insistirán en la urgencia de una mejor coordinación antiterrorista internacional. Todos pondrán el acento en que esta realidad no debe ocultar el buen funcionamiento de las nuevas "instituciones democráticas", ni la realidad de la libertad de expresión de la "prensa independiente".

Esto será confirmado por la gran mayoría de los representantes de la Asamblea Nacional y del Senado, así como por los jefes de redacción de los diferentes medios, que no dejarán de subrayar la libertad del tono que despliegan cotidianamente. Igualmente, la presidenta del Observatorio Nacional de los Derechos de Hombre –ONDH, próximo al presidente de la República–, Kamel Rezzag Bara, reconocerá la existencia de "bravuconadas y excesos" por parte de las fuerzas del orden, pero explicará que estos problemas son aislados y que están siendo sistemáticamente perseguidos y sancionados por la justicia. Todo lo cual será confirmado por los miembros del Consejo Superior de la Magistratura, quienes subrayarán su rol de garantes de la independencia de los magistrados.

La delegación se encontrará finalmente con representantes de la "sociedad civil": asociaciones de mujeres, personal de la salud, militantes por la vivienda, sindicalistas de la UGTA... Seguramente se sentirá muy impresionada por su libertad de propósito, así como por la crítica del poder y su coraje frente a los dramas provocados por el terrorismo islámico y las dificultades de la vida cotidiana.

Si los miembros de la misión de la ONU se limitan a estos encuentros, sin duda se irán de Argelia con la impre-

sión de que el país vive horas por cierto difíciles, pero que se halla en camino hacia una verdadera democracia, como lo habrá confirmado la mayoría de sus interlocutores. Y sin embargo, éstos no representan más que una débil fracción de la sociedad, la que se estructura dentro y alrededor del "poder real", términos utilizados por los argelinos para designar a los jefes del ejército. Si la delegación aspira a "conocer toda la realidad de la situación argelina en todas sus dimensiones", tal como propuso el embajador argelino en la ONU, Abadía Baali, invitamos a sus miembros a tomar esas palabras al pie de la letra, para ampliar sus investigaciones.

Los invitamos por ejemplo a reunirse, sin testigos, con los abogados de las víctimas de las "bravuconadas y excesos" de las fuerzas del orden, que podrán contactar a través del Sindicato Nacional de los Abogados, presidido por Mahmoud Khellili, o de la Liga Argelina de Defensa de los Derechos del Hombre, encabezada por Ali Yahia Abdenour. Ellos les hablarán de los juicios pronunciados por tribunales que se basan en confesiones arrancadas por medio de la tortura, de violaciones sistemáticas de los derechos de la defensa, de ejecuciones extrajudiciales convertidas en moneda corriente.

Los invitamos a sentarse, sin testigos, con los representantes del Sindicato Nacional de la Magistratura, que reclaman la anulación del decreto ejecutivo del 24 de octubre de 1992, que prácticamente reducía a polvo la independencia de los jueces, y se oponen al reciente proyecto de ley sobre el estatuto de la magistratura, que de concretarse agravaría aun más esta situación.

Los invitamos a encontrarse, sin testigos, con los representantes de miles de familias que buscan a sus seres queridos "desaparecidos", secuestrados por elementos de

las fuerzas de seguridad o por "escuadrones de la muerte" ligados a las milicias oficiales.

Los invitamos a reunirse, sin testigos, con los periodistas de órganos de prensa "suspendidos" o prohibidos.

Estamos convencidos de que tales testimonios les permitirán interpelar con precisión a sus interlocutores oficiales acerca de las denuncias formuladas desde hace varios años por las organizaciones de defensa de los derechos humanos, planteándoles las siguientes preguntas:

¿Por qué el ejército argelino, que, según los términos de la Constitución, no juega ningún rol político, ocupa –tal como lo señalan todos los observadores de buena fe– un lugar tan decisivo en el sistema político, imponiendo sus decisiones –abiertamente o no– en cada ocasión?

¿Qué garantías ofrece el Estado de que la necesaria represión de los intentos terroristas respetará las convenciones y pactos internacionales sobre los derechos del hombre ratificados por Argelia?

¿Es cierto que 18.000 prisioneros políticos estarían actualmente detenidos "por hechos de terrorismo"? ¿En qué condiciones fueron juzgados y condenados?

¿Sigue rigiendo la "resolución ministerial" del 7 de junio de 1994 que prohíbe a los medios difundir informaciones acerca de la "situación de seguridad" distintas de las que ofrecen los "comunicados oficiales" del Ministerio de Interior? ¿Es verdad que hay "comités de lectura" del Ministerio del Interior en el seno de las tres imprentas públicas, destinados a controlar el contenido de los diarios argelinos?

¿Por qué, luego de las masacres ocurridas entre el verano de 1997 y principios de 1998, las fuerzas del orden no intervinieron, cuando algunas de sus unidades estaban emplazadas cerca de los hechos? Las investigaciones lleva-

das a cabo a propósito de los testimonios recogidos por Amnesty International confirmaron "las informaciones según las cuales los miembros de los grupos armados que masacran civiles actúan a veces en coordinación con ciertas unidades del ejército y de las fuerzas de seguridad, o con su consentimiento"?

¿Es cierto que, como indicó el Primer Ministro Ahmed Ouyahia, existen 5.000 "grupos de legítima defensa" (GLD) cuyo estatuto está definido en la ley del 4 de enero de 1997? ¿Es compatible la existencia de estos GLD, que reunirían unos 150.000 hombres, con el pacto internacional relativo a los derechos civiles y políticos de la ONU, ratificado por el Estado argelino en 1989? ¿Es verdad que los GLD participan de acciones ofensivas con las fuerzas de seguridad? ¿En virtud de qué textos legales?

¿Cuál fue el seguimiento realizado por la ONDH a los 1.928 pedidos de localización de personas desaparecidas que reconoció haber recogido entre 1994 y 1996? ¿Acaso recibió más pedidos desde entonces? En caso afirmativo, ¿qué hizo al respecto?

Esperamos fervientemente que la delegación pueda obtener respuestas sinceras a estos interrogantes y a todos las que considere pertinentes. No dudamos de la credibilidad y la eficacia de su misión: debe intentarlo todo para evitar que el pueblo argelino sea empujado aun más hacia la desesperación, por creer que la comunidad internacional sólo interviene para defender el *statu quo*. Queremos igualmente confiar en que esta visita no sea utilizada para exonerar otra vez al Estado argelino de sus compromisos de cooperación con las instancias competentes de las Naciones Unidas, convenios ligados a los tratados internacionales que ratificó. Es particularmente urgente que el gobierno otorgue a los dos observadores especiales de la ONU encar-

gados del tema de las ejecuciones extrajudiciales y de la tortura la autorización de realizar sus indagaciones en Argelia, algo que se viene postergando desde 1993.

Unicamente las políticas de apertura basadas en el respeto de los derechos del hombre y las libertades democráticas pueden permitir el retorno de la paz y la marginalización de los extremistas, condiciones indispensables para la recomposición de Argelia y la estabilidad de la región. Esperamos que puedan hacer oír este mensaje.

2

Llamado europeo a una paz justa y duradera en los Balcanes*

Los participantes de la reunión internacional llevada a cabo en París el 15 de mayo de 1999 se hicieron eco de numerosos reclamos convergentes que, en Europa y Estados Unidos principalmente, se opusieron tanto a la "depuración étnica" en Kosovo como a los bombardeos de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) contra Yugoslavia.

Las Estados que lanzaron o sostuvieron esta guerra no declarada, realizada en contra de cualquier legitimidad internacional, alegaron que era moral y legítima puesto que estaría justificada exclusivamente por la defensa de los derechos y la vida de un pueblo. Admiten que se cometieron "errores" o "daños colaterales", pero que no se trataría más que de "pasos incorrectos en una dirección acertada". Todas las críticas contra la guerra de la OTAN llevarían, se nos dice, a fortalecer el régimen de Slobodan Milosevic o, en el mejor de los casos, a disminuir la potencia de las acciones contra su política reaccionaria.

Todo eso es falso. ¿Cuál es el balance de tantas semanas de bombardeos de la OTAN? ¡Una tragedia! Cada día la guerra agrava la situación de las poblaciones civiles y hace cada vez más difícil la resolución de los conflictos

---

* Texto publicado en *L'Humanité* el 17 de mayo de 1999.

nacionales de Kosovo en el conjunto del espacio balcánico. No puede considerarse que sean morales ni legítimas: una guerra que ofrece un pretexto al terrible agravamiento del destino del pueblo kosovar –al cual pretendía socorrer– y favorece su éxodo; una guerra que aglutina en torno al régimen represivo de Slobodan Milosevic a la población yugoslava agredida y por lo tanto incapaz de ver las responsabilidades de Belgrado en la limpieza étnica de los kosovares; una guerra que refuerza al régimen, debilita su oposición democrática, incluido Montenegro, y desestabiliza Macedonia; las bombas que asesinan poblaciones civiles, destruyen infraestructuras, fábricas y escuelas.

Esta guerra anula todos sus objetivos originales. Anima un engranaje catastrófico, del cual hay que salir pronto, entre, por un lado, la intensificación de los bombardeos, efectuados para tratar de salvar la "credibilidad" de la OTAN y por otro la expulsión brutal y masiva de las poblaciones, acompañada por el desencadenamiento de violencias inconmensurables con la represión anterior a los bombardeos.

No es cierto que se haya intentado todo y que los bombardeos sean una réplica eficaz a la represión serbia y una respuesta apropiada a la defensa de la vida y los derechos de los kosovares. No se hizo nada para mantener o ampliar la presencia de los observadores de la Organización por la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) ni para implicar a los Estados vecinos y a las poblaciones involucradas en la búsqueda de soluciones. Los gobiernos occidentales aceleraron la desintegración yugoslava y en ningún momento trataron sistemáticamente las cuestiones nacionales imbricadas en esa federación. Aprobaron el despedazamiento étnico de Bosnia-Herzegovina organizado conjuntamente en Belgrado y Zagreb. Y dejaron de lado

el problema albanés de Kosovo porque preferían ignorar la expulsión de los serbios de la Krajina croata.

Cuando se entablaron las negociaciones de Rambouillet optaron por el recurso de los ejércitos de la OTAN en vez de proponer una fuerza de intervención internacional bajo el mandato de la ONU, propuesta que hubiera podido imponerse legítimamente contra la negativa de Milosevic: esa fuerza de intervención hubiera sido mucho más eficaz en la protección de las poblaciones que las bombas de la OTAN. Hoy tenemos que exigir el retorno de las poblaciones albanesas bajo la responsabilidad de la Asamblea General de las Naciones Unidas y el repliegue de las fuerzas serbias de Kosovo. Para alcanzar estos objetivos los bombardeos deben cesar inmediatamente.

La reapertura de un proceso de negociación sentado sobre estas bases, en el marco de la ONU, no sólo no implica ninguna confianza hacia Slobodan Milosevic, sino que resultará mucho más desestabilizadora de su poder que las bombas, las cuales afectaron únicamente a la población y a la oposición yugoslava. Semejante iniciativa debe descansar sobre un principio y gozar de los medios indispensables. Un principio: el respeto de los derechos de los pueblos –y en especial el del pueblo kosovar albanés y serbio– de decidir por sí mismos su propia suerte, dentro del respeto de las minorías. Medios: ayuda económica a los Estados balcánicos, estrictamente subordinada al respeto de los derechos individuales y colectivos; una investigación de las atrocidades cometidas en Kosovo, conducida por la autoridad del Tribunal Penal Internacional; el respeto del derecho de asilo, según los términos de la convención de Ginebra; protección de todos los refugiados desamparados y de todos los desertores yugoslavos y permiso de que circulen libremente por todos los países de Europa.

Finalmente, exigimos un debate en nuestros países acerca del balance de la OTAN, acerca del rol que se arroga y acerca de las perspectivas de seguridad en nuestro continente. Esta no podría descansar en una lógica belicista o de aumento del presupuesto armamentístico que sostenga una estrategia de gran potencia, sino, antes que nada, en una política de desarrollo y de erradicación de la miseria social y de realización de los derechos universales de los pueblos y los seres humanos, hombres y mujeres.

Debemos expresar nuestro apoyo a las oposiciones democráticas, políticas, sindicales, asociativas, feministas, en contra de los poderes reaccionarios y también nuestra solidaridad con las poblaciones expulsadas, en defensa de su derecho de asilo, así como de su derecho de retorno y de autodeterminación.

3

Por una Austria en la vanguardia de Europa*

¿Qué puedo decirles a los austríacos progresistas respecto de lo que ocurre en Austria? Corro el riesgo de parecer ingenuo, por no encontrarme en ese país, por no haber nacido allí, pero querría al menos intentar ayudarlos a defenderse contra ciertas definiciones –impuestas desde afuera– de su propia situación y contra los fariseos que dan lecciones e impiden ver y abordar el presente en toda su dimensión. Pienso que la a menudo rápida referencia a Hitler y al nazismo, que descansa sobre sospechas *a priori* y asociaciones irracionales, es superficial y no deja captar la especificidad de lo que sucede; esta referencia impide analizar seriamente el conjunto de las causas que hicieron posible el ascenso de ese personaje tan insignificante como odioso que ni siquiera nombraré; recomendaría a los intelectuales y periodistas que nunca citaran su nombre.

Si tuviéramos que establecer analogías, no habría que buscarlas en la Alemania de los años '30, sino en un período mucho más reciente, con un personaje como Ronald Reagan, galancito de películas de clase B, siempre bronce-

---

* Intervención leída por un representante en una conferencia sobre "El valor político del sector de la cultura entre el mercado y el Estado" (IG Kultur Österreich, Viena, 31 de marzo de 2000), luego de que un partido de extrema derecha accediera al gobierno austríaco.

ado, siempre bien peinado, como hoy en día ese otro que tampoco voy a nombrar, vocero de ideologías ultra-nacionalistas, ultra-reaccionarias y listo para jugar el rol de fantoche al servicio de los intereses y las voluntades más conservadoras de las fuerzas económicas, encarnación *chic* –o ni siquiera *chic, kitsch*– del *laissez-faire* radical. Podríamos seguir con Margaret Thatcher, pero, para ir rápido, pasaré a Tony Blair, otra sonrisa hollywoodiense que hoy mismo, en Lisboa, adopta en Europa posiciones más reaccionarias que las de un presidente francés de derecha.

No obstante, si nos interrogamos no sólo acerca de las analogías y los precedentes, que no explican demasiado, sino sobre las *causas*, hay que buscar del lado de lo que ocurre en el mundo político internacional, con el triunfo aplastante del neoliberalismo, simple máscara, modernizada, del más arcaico conservadurismo, de la vieja "revolución conservadora" que engendró toda una masa de gente extraviada, desmoralizada, lista para librarse, por desesperación, al primer demagogo que llegara, en pro de la mistificación que tiene a los medios como cómplices, por una cuestión de *rating*.

¿Qué hacer frente a esta revolución conservadora? Se puede luchar simbólicamente, en especial poniéndose a trabajar colectivamente para profundizar el análisis del fenómeno e inventar, gracias a la ayuda de los artistas, nuevas formas de acción simbólicas eficaces. Pero también pueden conformarse nuevas estructuras de resistencia y en particular contraponer a esos nacionalismos imbéciles un nuevo internacionalismo, una resistencia política internacional. Hace tiempo, junto con algunos sindicatos y varias agrupaciones de diferentes países europeos hemos lanzado la idea de una reunión de todos los movimientos sindicales y asociativos –por los desocupados, los indocu-

mentados, los sin-techo, etc.– para elaborar una Carta del Estado Social europeo.

Ahora que bruscamente se descubre que un payaso fantoche al que nadie tomaba en serio amenaza con tomar el poder, creo que esta Austria que se despertó sobresaltada podría despertar al resto de Europa. Es esto sin duda lo que los europeos deberían promover. Todos los intelectuales, responsables sindicales, asociativos, europeos, dejando de lado todas las consignas imbéciles de boicot, deberían estar del lado de las fuerzas críticas y progresistas que se movilizaron en Austria: pienso en particular en los jóvenes. Me sorprendió ver en todos los reportajes filmados la representación masiva de esos jóvenes que se señala como "despolitizados" y que simplemente están desmoralizados por los políticos, asqueados de la política por el cinismo y el oportunismo de sus dirigentes. Porque si el fascistoide cuyo nombre se pronuncia sin cesar es el oportunista por excelencia, el camaleón, no es más que el límite de esos hombres políticos que en una misma carrera pueden ir de la extrema izquierda a la centro-derecha o aun más allá, disfrazando sus claudicaciones con una retórica socialista. Esa juventud, que se considera desmoralizada, despolitizada, espera un mensaje político que no sea, como el de la extrema derecha, un puro verbalismo del "Basta con" ("Basta con hacer esto... Basta con hacer aquello..."), asociado a la exaltación del *laissez-faire* neoliberal, sin constituirse en ese falso realismo que predican los celadores social-demócratas de la economía neoliberalizada.

¿Qué mensaje? No expondré aquí un programa explícito; pero publicaremos ese proyecto de Carta, que espero sea firmada por muchos austríacos, en todos los periódicos europeos –en la medida en que obtengamos la complicidad de estos últimos, lo cual no resulta para nada obvio–,

el 1° de mayo, fecha simbólica, del año 2000. Tendremos una reunión en septiembre u octubre para hacer ajustes en la Carta, que mientras tanto se irá preparando. Luego confiamos hacer un gran encuentro en Atenas, que será algo así como los estados generales del movimiento social europeo, es decir, la constitución de una fuerza política internacional capaz de oponerse al verdadero adversario: la fuerza bruta de la economía camuflada con una retórica neoliberal.

Esto es lo que quería comentarles. Pido disculpas a quienes hayan quedado sorprendidos. En todo caso, estoy convencido por entero de que, extrañamente, Austria y los austríacos progresistas pueden estar en la vanguardia de este movimiento social europeo que sin falta debemos crear contra las fuerzas que amenazan la democracia, la cultura, el cine libre, la literatura libre, etc., y de las cuales aquel que no quiero nombrar es apenas un epifenómeno insignificante y detestable.

4

Manifiesto por los estados generales del movimiento social*

El manifiesto "por los estados generales de movimiento social", fruto de discusiones entabladas desde hace varios años en distintos países de Europa, apunta a crear las condiciones intelectuales e institucionales de una convergencia de todas las fuerzas críticas y progresistas.

Será publicado, en los días venideros, en homenaje al 1° de mayo, en los periódicos de Alemania, Inglaterra, España, Grecia, Italia, y en muchos otros países europeos y no europeos (Argentina, Bolivia, Corea, Japón, etc.).

Marca el inicio de un vasto trabajo colectivo, interdisciplinario e internacional, destinado a definir los principios de una verdadera alternativa política al neoliberalismo que se impone en todos los países, a veces bajo la égida de la socialdemocracia, y a inventar los medios organizacionales e institucionales necesarios para concretarla.

Su primera actividad será la elaboración de una Carta del movimiento social europeo y la conformación de estados generales en los próximos meses.

Aquellos que quieran comprometerse en el proyecto, que ha recibido la aprobación de numerosísimos representantes de asociaciones, sindicatos y organizaciones, así como de artistas, escri-

---

* Texto colectivo publicado por *Le Monde* el 1° de mayo de 2000, junto con la introducción en itálica.

tores e investigadores, pueden enviar sus firmas, acompañadas eventualmente por sugerencias, propuestas y comentarios, al sitio <www.raisons.org>, donde encontrarán la lista completa y detallada de los primeros adherentes.

Pierre Bourdieu

Para que los movimientos sociales que se consolidaron por toda Europa a lo largo de los últimos años consigan perpetuarse y extenderse, es necesario reunir, primero a nivel europeo, a los grupos involucrados, sindicatos y asociaciones, en una red organizada –cuya forma está por inventarse– que sea capaz de sumar fuerzas, orquestar objetivos y elaborar proyectos comunes. Estos movimientos, a pesar de todas sus diferencias –o diferendos– coinciden, entre otras cosas, en la defensa de todos los abandonados de la política neoliberal y, al mismo tiempo, en el tratamiento de todos los problemas relegados por dicha política.

Estos problemas son ignorados u ocultados por los partidos socialdemócratas que, preocupados antes que nada por administrar el orden económico establecido para conservar la gestión del Estado, se adecuan a las desigualdades crecientes, el desempleo y la precariedad. Hace falta un verdadero contrapoder crítico, capaz de ponerlos al día, a través de diversas formas de acción que expresen, como en Seattle, las aspiraciones de los ciudadanos y las ciudadanas.

Puesto que este contrapoder tiene que enfrentarse con fuerzas internacionales, instituciones y firmas multinacionales, debe él mismo ser internacional, y, para comenzar, europeo. Frente a las fuerzas orientadas a la conservación y la restauración del pasado, principalmente a través del desmantelamiento de todos los vestigios del "Estado Providencia", tendrá que desplegarse como un movimiento que

presione a las organizaciones internacionales, los Estados y sus gobernantes, para que dicten y adopten medidas eficaces para controlar a los mercados financieros y luchar contra las desigualdades que aparecen en el seno de las naciones y también entre las naciones.

Por eso proponemos que se instituyan estados generales del movimiento social europeo que elaboren una Carta del movimiento social y tracen los fundamentos de una estructura internacional con todas las formas organizacionales e intelectuales de resistencia a la política neoliberal, manteniendo una independencia total respecto de los partidos y los gobiernos.

Estos estados generales deberían abrir paso en primer lugar a una confrontación abierta de los diferentes proyectos de transformación social destinados a contrarrestar los procesos económicos y sociales en curso –flexibilización, precarización, pauperización, etc.–, y a combatir las medidas cada vez más restringidas a la seguridad, a través de las cuales los gobiernos europeos tienden a neutralizar los efectos de aquellos; en segundo lugar, a la creación de vínculos permanentes que posibiliten una rápida movilización en acciones comunes de todas las agrupaciones convocadas, sin introducir ningún tipo de coerción centralista y sin perder la diversidad de inspiraciones y tradiciones; en tercer lugar, a la definición de objetivos comunes para tomar iniciativas nacionales e internacionales, orientadas a la construcción de una sociedad solidaria, basada en la unificación y elevación de las normas sociales.

La asociación de todos aquellos y aquellas que gracias al combate cotidiano contra los efectos más funestos de la política neoliberal obtienen un conocimiento práctico de las virtualidades contestatarias que encierran podría así desencadenar un proceso de respuesta y de creación

colectiva capaz de ofrecer a quienes ya no se reconocen en el mundo tal como es la utopía realista sobre la cual podrían organizarse esfuerzos y combates diferentes, pero convergentes.

5

La nueva vulgata planetaria*

En todos los países avanzados, los patrones, altos funcionarios internacionales, intelectuales mediáticos y periodistas conocidos parecen haberse puesto de acuerdo para hablar un extraño dialecto cuyo vocabulario, surgido aparentemente de ninguna parte, está en boca de todos: "globalización" y "flexibilidad"; "gobernabilidad" y "empleabilidad"; "*underclass*" y "exclusión"; "nueva economía" y "tolerancia cero"; "comunitarismo", "multiculturalismo" y sus parientes "posmoderno", "etnicidad", "minoría", "identidad", "fragmentación", etc.

La difusión de esta nueva vulgata planetaria –en la cual no escuchamos "capitalismo", "clase", "explotación", "dominación", "desigualdad" y tantos vocablos definitivamente desalojados bajo el pretexto de que son obsoletos o de que están fuera de lugar– es el producto de un imperialismo propiamente simbólico. Los efectos son aun más potentes y perniciosos por el hecho de que este imperialismo es alentado no sólo por los partidarios de la revolución neoliberal, que bajo el manto de la modernización pretenden reconstruir el mundo anulando las conquistas sociales y económicas que resultaron de cien años de lucha, sino

---

* Texto firmado junto con Loïc Wacquant y publicado en *Le Monde diplomatique* en mayo de 2000, p. 6-7.

también por productores culturales –investigadores, escritores, artistas y militantes de izquierda– que, en su mayoría, se siguen considerando progresistas.

Al igual que las dominaciones de género o de etnia, el imperialismo cultural apela a una violencia simbólica que se sostiene sobre una relación de comunicación destinada a promover la sumisión y la universalización de los particularismos ligados a una experiencia histórica singular, a fin de que ya no sean reconocidos como tales [1].

De este modo, así como en el siglo XIX muchas cuestiones "filosóficas" que se debatían en toda Europa –como el tema spengleriano de la "decadencia"– se originaron en las particularidades y conflictos históricos propios del universo singular de los universitarios alemanes [2], hoy en día una gran cantidad de tópicos surgidos directamente de confrontaciones intelectuales vinculadas con particularidades y particularismos de la sociedad y de las universidades estadounidenses se impusieron a todo el planeta bajo la apariencia de la ahistoricidad.

Estos lugares comunes –en el sentido aristotélico de nociones o tesis con las cuales se debate pero acerca de las cuales no se discute– deben su fuerza de convicción al prestigio del lugar del que emanan y al hecho de que por circular fluidamente de Berlín a Buenos Aires y de Londres a

---

1 Y Estados Unidos no es el único país que recurre a esta pretensión de universalidad. Muchos otros –Francia, Gran Bretaña, Alemania, España, Japón, Rusia– ejercieron o aún intentan ejercer, dentro de su propia esfera de influencia, formas de imperialismo cultural similares. Con la diferencia, sin embargo, de que por primera vez en la historia un solo país se halla en condiciones de imponer su punto de vista al mundo entero.

2 *Cf.* Fritz Ringer, *The Decline of the Mandarins*, Cambridge UP, Cambridge, 1969.

Lisboa están presentes en todas partes al mismo tiempo y son poderosamente aprovechados por esas instancias presuntamente neutras del pensamiento imparcial que encontramos en los grandes organismos internacionales –Banco Mundial, Comisión Europea, Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE)–, en las "cajas de ideas" conservadoras –el Manhattan Institute de Nueva York, el Adam Smith Institute de Londres, la Deutsche Bank Foundation de Frankfurt y la Fondation Saint-Simon de París–, las fundaciones de filantropía, las escuelas del poder –Science-Po [3] en Francia, la London School of Economics en Gran Bretaña, la Harvard Kennedy School of Government en Estados Unidos, etc.– y en los grandes medios, incansables repartidores de esta *lingua franca* multiuso, tan conveniente para que los editorialistas apresurados y los especialistas amantes del *import-export* cultural tengan la ilusión del ultramodernismo.

Además del efecto automático de la circulación internacional de las ideas –que por su lógica propia tiende a ocultar las condiciones y significaciones de origen [4]– el juego de las definiciones previas y las deducciones escolásticas sustituye la contingencia de las necesidades sociológicas disfrazadas con la apariencia de la necesidad lógica y procura enmascarar las raíces históricas de todo un conjunto de cuestiones y nociones –la "eficacia" del mercado (libre), la necesidad de reconocimiento de las "identidades" (culturales) o incluso la reafirmación-celebración de la "responsabilidad" (individual)– que por decreto pasarán a ser

---

3 Escuela de Ciencias Políticas. (N. del E.)

4 Pierre Bourdieu, "Les conditions sociales de la circulation internationale des idées", *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte*, Heidelberg, 1990.

filosóficas, sociológicas, económicas o políticas, según el lugar y el momento de recepción.

Así planetarizados, globalizados, en sentido estrictamente geográfico, al tiempo que desparticularizados, estos lugares comunes que el hartazgo mediático transforma en sentido común universal consiguen hacer olvidar que sólo expresan, bajo una forma truncada e irreconocible aun para quienes los propagan, las realidades complejas y discutidas de una sociedad histórica particular, tácitamente erigida en modelo y en medida de todas las cosas: la sociedad estadounidense de la era post-fordista y post-keynesiana. Este único superpoder, esta Meca simbólica de la Tierra se caracteriza por el desmantelamiento deliberado del Estado Social y el vertiginoso crecimiento correlativo del Estado Penal, la demolición del movimiento sindical y la dictadura de la concepción de la empresa basada únicamente en el "valor accionario", con sus consecuencias sociológicas: la generalización del salario precario y la inseguridad social, convertida en motor privilegiado de la actividad económica.

Recordemos por ejemplo el debate –flojo y superficial– acerca del "multiculturalismo", término importado que en Europa se emplea para designar el pluralismo cultural en la esfera cívica, mientras que en Estados Unidos remite a la permanente exclusión de los negros y a la crisis del mítico "sueño americano" de la "oportunidad para todos", cuando el sistema de enseñanza pública se dirige a la bancarrota, la competencia cultural se intensifica y las desigualdades de clase aumentan vertiginosamente.

El adjetivo "multicultural" oculta esta crisis, la relega artificialmente al microcosmos universitario y la expresa en un registro ostensiblemente "étnico", mientras que su verdadera apuesta no pasa por reconocer las culturas mar-

ginalizadas por los cánones académicos, sino por lograr el acceso de las clases medias y altas a los instrumentos de (re)producción –como la universidad–, en un contexto de retirada activa y masiva del Estado.

El "multiculturalismo" estadounidense no es ni un concepto, ni una teoría, ni un movimiento social o político, y no obstante pretende ser todo eso simultáneamente. Es un discurso cuyo estatus intelectual deriva de un gigantesco efecto de *allodoxia*[5] nacional e internacional que engaña a todos. Es luego un discurso estadounidense, si bien se piensa y se ofrece como universal, en la medida en que expresa las contradicciones específicas de la situación de universitarios que, privados de cualquier acceso a la vida pública y sometidos a una fuerte diferenciación en su medio profesional, no tienen otro terreno para invertir su libido que el de las querellas de campus disfrazadas de epopeyas conceptuales.

Es decir que el "multiculturalismo" introduce, en todos los sitios adonde se exporta, estos tres vicios del pensamiento nacional estadounidense: a) el "grupismo", que reifica las divisiones sociales canonizadas por la burocracia estatal en principios de conocimiento y de reivindicación política; b) el populismo, que reemplaza el análisis de las estructuras y de los mecanismos de dominación por la celebración de la cultura de los dominados y de su "punto de vista" elevado al rango de proto-teoría en acto; c) el moralismo, que entorpece la aplicación de un sano materialismo racional en el análisis del mundo social y económico y condena a un debate sin fin ni efectos acerca del necesario "reconocimiento de las identidades", mientras que, en la

[5] Confusión de una cosa por otra.

triste realidad cotidiana, el problema nunca se plantea a ese nivel[6]: los filósofos divagan doctamente sobre el "reconocimiento cultural", pero simultáneamente decenas de miles de niños de las clases y etnias dominadas son desplazados de las escuelas primarias por falta de lugar –llegaron a ser 25.000 en Los Angeles–; de las familias con un ingreso menor a los 15.000 dólares anuales, apenas uno de cada diez jóvenes accede a los campus universitarios, contra un 94% en el caso de las familias que ganan más de 100.000 dólares.

Podríamos probar lo mismo respecto de la noción –muy polisémica– de "globalización", cuyo efecto –o directamente su función– es disfrazar de ecumenismo cultural o de fatalismo económico las consecuencias del imperialismo estadounidense y mostrar la relación trasnacional de fuerzas como una necesidad natural. Luego de una alteración simbólica basada en la naturalización de los esquemas del pensamiento neoliberal cuya dominación se ha impuesto desde hace veinte años gracias al trabajo de los *think tanks* conservadores y de sus aliados políticos y periodísticos, el rediseño de las relaciones sociales y de las prácticas culturales fieles al patrón estadounidense –que en las sociedades avanzadas se implementó a través de la pauperización del Estado, la mercantilización de los bienes públicos y la generalización de la inseguridad salarial– se asume con resignación como la necesaria culminación de las evoluciones nacionales y en algunos casos se lo celebra con entusiasmo.

---

6 Recordemos que ni la globalización de los intercambios materiales y simbólicos ni la diversidad cultural datan de nuestro siglo: corren paralelas a la historia humana, como ya habían señalado Emile Durkheim y Marcel Mauss en su "Note sur la notion de civilisation" (*Année sociologique*, 1913, vol. III, nº12; reed. Minuit, París, 1968, p. 46-50).

No obstante, el análisis empírico de la evolución a largo plazo de las economías avanzadas sugiere que la "globalización" no representa una nueva fase del capitalismo sino una "retórica" que invocan los gobiernos para justificar su sometimiento voluntario a los mercados financieros. Lejos de representar –como no se cansan de repetir– una consecuencia fatal del crecimiento de los intercambios exteriores, la desindustrialización, el crecimiento de las desigualdades y la contracción de las políticas sociales derivan de decisiones internas que reflejan la fluctuación de las relaciones de clase en favor de los propietarios del capital[7].

Al imponer al resto del mundo ciertas categorías de percepción análogas a sus estructuras sociales, Estados Unidos modela el mundo a su imagen: la colonización mental que se efectúa a través de la difusión de estos conceptos verdaderos-falsos sólo puede conducir a una especie de "consenso de Washington" generalizado y espontáneo, como podemos observar hoy en materia de economía, filantropía o enseñanza de la gestión. En efecto, ese discurso doble que, basado en la creencia, imita a la ciencia e impone al fantasma social del dominante la apariencia de la razón –principalmente económica y politológica– detenta el poder de hacer que ocurran las realidades que pretende describir, según el principio de la profecía autocumplida: está presente en las mentes de los dirigentes políticos o económicos y de sus públicos y sirve de medio para construir las políticas públicas y privadas, a la vez que de instrumento de evaluación de esas

[7] Acerca de la "globalización" como "proyecto estadounidense" destinado a imponer la concepción del "valor accionario" de la empresa, ver Neil Fligstein, "Rhétorique et réalités de la 'mondialisation'", *Actes de la recherche en sciences sociales*, n°119, septiembre de 1997, p. 37-47.

políticas. Como todas las mitologías de la edad de la ciencia, la nueva vulgata planetaria se sostiene sobre una serie de oposiciones y equivalencias que se vinculan entre sí y delinean las transformaciones contemporáneas de las sociedades avanzadas: retirada económica del Estado y refuerzo de sus componentes policíacos y penales, desregulación de los flujos financieros y mercados laborales, reducción de las protecciones sociales y celebración moralizadora de la "responsabilidad individual":

MERCADO	ESTADO
Libertad	*Imposición*
Abierto	*Cerrado*
Flexible	*Rígido*
Dinámico, móvil	*Fijo, inmóvil*
Futuro, novedad	*Pasado, superado*
Crecimiento	*Inmovilismo, arcaísmo*
Individuo, individualismo	*Grupo, colectivismo*
Diversidad, autenticidad	*Uniformidad, artificialidad*
Democrático	*Autocrático, totalitario*

El imperialismo de la razón neoliberal logra su realización intelectual en dos nuevas figuras ejemplares del productor cultural. Primero el experto, que prepara, a la sombra de los bastidores ministeriales o patronales o en el secreto de los *think tanks*, documentos de fuerte tenor técnico, elaborados en lo posible en lenguaje económico o matemático. Luego el consejero en comunicación del príncipe, desertor del mundo universitario que pasó a trabajar al servicio de los dominantes, encargado de traducir al estilo académico los proyectos políticos de la nueva nobleza estatal y empresarial; su modelo planetario es sin duda el sociólogo británico Anthony Giddens, profesor de la Universidad de Cambridge y de la London School of Economics y padre

de la "teoría de la estructuración", síntesis escolástica de diversas tradiciones sociológicas y filosóficas.

Se puede apreciar la encarnación por excelencia de la astucia de la razón imperialista en el hecho de que es Gran Bretaña, situada –por razones históricas, culturales y lingüísticas– en una posición intermedia, "neutra" entre Estados Unidos y Europa continental, la que ha proporcionado al mundo ese caballo de Troya de dos cabezas, una política y otra intelectual, en la persona dual de Tony Blair y Anthony Giddens, "teórico" autoproclamado de la "tercera vía" que –según sus propias palabras– "adopta una actitud positiva frente a la globalización"; "intenta *[sic]* reaccionar a las nuevas formas de desigualdad" pero advierte desde el comienzo que "los pobres de hoy no se parecen a los pobres de antes"; "acepta la idea de que los sistemas de protección social existentes y la estructura general del Estado son una fuente de problemas y no sólo de soluciones"; "subraya el hecho de que las políticas económicas y sociales están conectadas" y que "los gastos deben ser evaluados en términos de sus consecuencias para la economía en su conjunto"; finalmente, "se preocupa por los mecanismos de exclusión" que descubre "en las capas bajas de la sociedad, pero también en lo alto *[sic]*", con la convicción de que "redefinir la desigualdad con respecto a la exclusión en esos dos niveles" es algo "conforme a una concepción dinámica de la desigualdad"[8]. Los amos de la economía pueden dormir tranquilos: han hallado a su Pangloss[9].

---

[8] Pasajes del catálogo de definiciones escolares de teorías y perspectivas políticas que propone Giddens en la sección "FAQs" (Frequently Asked Questions) de su sitio web <www.lse.ac.uk/Giddens>.

[9] Personaje del *Cándido* de Voltaire que insiste en demostrar que el nuestro es el mejor de los mundos posibles. (N. del E.)

6

Carta abierta al director general de la UNESCO a propósito de la amenaza del AGCS*

Señor Director general,

Al adherir a la Organización Mundial de Comercio (OMC) y adoptar, en 1994, los Acuerdos de Marrakech, los Estados signatarios, cuya mayoría eran también miembros del Consejo General de la UNESCO, suscribieron también al Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios (AGCS). Este acuerdo constituye la más grave amenaza que la UNESCO haya enfrentado jamás. El AGCS y las disposiciones en marcha para su implementación afectan profundamente las misiones impartidas en la UNESCO. Todos los sectores de actividades de su organización están directamente involucrados. Las sucesivas negociaciones previstas, cinco años después de la entrada en vigor del AGCS, para la aplicación de este acuerdo "con miras a elevar progresivamente el nivel de liberalización" están actualmente en curso. Desde febrero de este año se suceden en Ginebra reuniones regulares, grupos de trabajo y sesiones especiales del Consejo para el Comercio de Servicios de la OMC. Nomenclaturas, reglamentaciones internas y políticas de subvención, acceso a los mercados públicos, todos los

---

* Texto colectivo publicado en *L'Humanité*, 25 de septiembre de 2000.

aspectos de las políticas están sometidos a los tests de lo "comercialmente correcto".

La voluntad común de Estados Unidos y de la Unión Europea es llegar a un acuerdo general en diciembre de 2002. Tal como lo especifica una nota estadounidense del 13 de julio: "El mandato de la negociación es ambicioso: suprimir las restricciones sobre el comercio de servicios y procurar un acceso real a un mercado sometido a limitaciones específicas. Nuestro desafío consiste en alcanzar una supresión significativa de estas restricciones a través de todos los sectores de servicios, abordando las disposiciones nacionales ya sometidas a las reglas del AGCS y luego las disposiciones que no están actualmente sometidas a las reglas del AGCS, cubriendo todas las posibilidades de ofrecer servicios". Las intenciones que se esconden bajo la jerga burocrática son bien claras: imponer en los 137 Estados miembros de la OMC la apertura de todos los servicios a las leyes del libre cambio. Lo cual implica la desaparición de la noción de servicio público, la destrucción de cualquier forma de diversidad y la negación de los derechos fundamentales. En Ginebra, los negociadores acordaron excluir "la protección del interés general" de los objetivos a preservar en el seno del AGCS. La secretaría de la OMC indicó que "promover la competencia y la eficacia económica" es un objetivo que los gobiernos deben plantearse. El negociador europeo para el AGCS declaró hace poco que "la educación y la salud están maduras para la liberalización". En los días 5 y 6 de octubre tendrá lugar en la OMC una sesión especial y decisiva del Consejo para el Comercio de Servicios. Por tal motivo nos parece urgente, Señor Director General, interrogar a los miembros de su Consejo General acerca de la compatibilidad entre las misiones impartidas en la UNESCO y el Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios al cual

adhirieron. Por cierto, el AGCS no se aplica a los "servicios ofrecidos en el marco del ejercicio de la autoridad del Estado". Pero la definición de estos últimos es muy restrictiva, pues se trata exclusivamente de servicios que no poseen una base comercial o que no se encuentran bajo un régimen de competencia.

Hasta el día de hoy, cada Estado ha conservado el derecho de disponer de una reglamentación interna: prescripciones en materia de personal, criterios de necesidad, normas técnicas, licencias, monopolios gubernamentales, subvenciones a establecimientos o instituciones. Pero a partir de ahora, esta reglamentación pasa a estar sometida a criterios formulados en el AGCS: las medidas nacionales no pueden en ningún caso "ser más rigurosas que lo necesario para asegurar la calidad del servicio" y en última instancia la OMC habrá de ser el único juez. Los Estados deben someter su legislación y sus reglamentaciones nacionales a la OMC, la cual, si bien no tiene –¿todavía?– el poder de modificarlas, dispone a partir de ahora del poder de decretar que estas normas son contrarias al AGCS y condenar al Estado que no las modifique. Cuando se adoptó el Pacto internacional sobre los derechos económicos, sociales y culturales, cada uno convenía que la legislación nacional constituía una de las herramientas indispensables para su implementación. Con la OMC, la legislación nacional, instrumento de la soberanía, ve cómo su alcance se subordina a las leyes de la competencia. Para los países del sur, la supresión de la preferencia nacional reduce a cero la esperanza de un desarrollo adaptado a las particularidades nacionales y locales que respete las diversidades.

Sin duda, una serie de anexos al AGCS proporcionan listas de exenciones previstas para que los gobiernos puedan inscribir límites a dichas exenciones, según los secto-

res. Pero se trata de una garantía muy provisoria y extremadamente frágil contra perjuicios de la liberalización, pues estas exenciones están sometidas a revisiones regulares. Por otra parte, pueden ser puestas en tela de juicio por otros acuerdos administrados. Por ejemplo, ciertas exenciones admitidas dentro del AGCS están prohibidas en el marco del acuerdo sobre el acceso al mercado.

El principio del AGCS en virtud del cual no puede haber discriminación entre quienes ofrecen servicios va a imponerse en todos los sectores y latitudes. Las empresas privadas de servicios podrán utilizar las leyes de mercado para transformar en mercaderías y en fuente de beneficios las actividades de servicio ligadas a estos derechos fundamentales que son, en particular, la educación y la cultura. En los documentos de la OMC sólo se lee *"education market"*. La educación, la formación y la investigación estarán poco a poco libradas a las leyes del mercado: los alumnos y estudiantes ya no serán ciudadanos que ejerzan un derecho sino simplemente consumidores. Los investigadores perderán la poca independencia científica que hoy les queda. El objetivo de un acceso universal a la educación gratuita cederá su lugar a una educación paga reservada a los privilegiados del dinero.

Las políticas nacionales destinadas a preservar la identidad cultural constituyen un obstáculo para las industrias culturales trasnacionales. En las negociaciones en curso entran, en nombre del principio de conexidad que socava todas las clasificaciones en vigor, servicios como lo audiovisual en su totalidad, las bibliotecas, archivos y museos, los jardines botánicos y zoológicos, todos los servicios ligados al esparcimiento –artes, teatro, servicios radiofónicos y televisivos, parques de diversiones, servicios deportivos–, la impresión, la publicidad. La protec-

ción del patrimonio cultural y natural, la gestión de los parques naturales y las reservas de la biósfera se hallan directamente amenazados por las propuestas de liberalización, en particular en materia de turismo.

Señor Director General, el AGCS que la OMC se dispone a implementar se opone a la misión que ha sido confiada a la UNESCO en nombre de la idea de que "una paz basada en meros acuerdos económicos y políticos de los gobiernos no sería capaz de suscitar la adhesión unánime, durable y sincera de los pueblos y que, por consiguiente, esta paz debe fundarse en la solidaridad intelectual y moral de la humanidad". Hay que estimular la cooperación de las naciones del mundo en el ámbito educativo, científico y cultural y, más precisamente, "asegurar a todos el acceso pleno e igualitario a la educación, la libre búsqueda de la verdad objetiva y el libre intercambio de las ideas y los conocimientos".

Las acciones de protección y promoción de la UNESCO contrarían necesariamente el libre acceso al mercado erigido en regla absoluta. La libre competencia a la cual las actividades de educación, investigación y cultura estarán libradas agravará las profundas desigualdades que ya se presentan en el acceso a dichas actividades. La liberalización de estos servicios significa el abandono de un derecho para todos en beneficio de un privilegio para unos pocos.

Señor Director General, estamos persuadidos de que, en su calidad de más alto responsable de la UNESCO, no puede suscribir a la concepción exclusivamente mercantil de la educación, la ciencia y la cultura que quiere imponer la OMC. Lo invitamos a sacar las consecuencias pertinentes y a pedir junto con nosotros que el AGCS sea totalmente renegociado o se declare caduco.

7

La Europa social trastabilla*

A pesar de que ahora me encuentro en Londres, me alegra poder expresarles, gracias a la gentileza de Annick Coupé [1], lo que pienso de la Europa que nos están preparando, en primer lugar la Europa de la Carta de los derechos fundamentales, que es un espejismo. Destinada a dar la ilusión de una "preocupación" social, no va más allá de la vaguedad: los derechos sociales garantizados son muy imprecisos y sólo atañen a ciudadanos europeos; no se ve acompañada por ninguna medida o dispositivo limitante. Y esto puede comprenderse fácilmente. La socialdemocracia convertida al neoliberalismo no anhela esa Europa social. Los gobiernos socialdemócratas perseveran en su error histórico: el liberalismo primero, lo "social" más tarde, es decir, nunca, porque la desregulación salvaje vuelve cada vez más difícil la construcción de una Europa social. Los partidos políticos se despolitizan y contribuyen a la despolitización. Los sindicatos europeos, debilitados, volcados hacia el compromiso o "recentrados" cínicamente, no pueden o no quieren –como lo prueba lo que en Francia se llama la "refunda-

---

* Declaración leída en Niza durante la manifestación del 6 de diciembre de 2000.

1 Miembro de la unión sindical "Groupe des dix" ["Grupo de los diez"] y una de las fundadoras, en 1999, del sindicato SUD-PTT. (N. del E.)

ción social"– obtener otra cosa más que la consumación de la dominación neoliberal. La Confederación Europea de los Sindicatos quiere acceder a la Europa social a través de la negociación, y esto en una relación de fuerzas muy desfavorable. De ello se derivan normas sociales muy bajas para los países desarrollados y disparidades enormes entre los distintos países.

En suma, la Europa social trastabilla, mientras la Europa neoliberal avanza a pasos agigantados. La adopción de la mayoría calificada en el dominio de la liberalización –artículo 133– precipitará el proceso ya dramático de desmantelamiento del Estado, de los servicios públicos, de las culturas, etc. Por lo tanto hay que detener este curso o, al menos, desacelerarlo y limitarlo, manteniendo aunque más no sea por un tiempo y a título defensivo, el principio sin duda muy ambiguo de la unanimidad.

Mientras la globalización neoliberal se acelere, la Europa social no se construirá sobre la base de una "Carta de los derechos fundamentales" ni sobre decisiones tomadas por una mayoría calificada. He aquí por qué los sindicatos progresistas –o las fracciones progresistas de dichos sindicatos– y los movimientos sociales –en primer lugar el movimiento de desocupados– de todos los países deben unirse en un vasto Movimiento social europeo que trabaje para conformar una plataforma común de reivindicaciones y un proyecto global de construcción de la Europa social. Tarea inmensa, a largo plazo, a la cual todos, investigadores y militantes, deben contribuir.

8

Por una verdadera movilización de las fuerzas organizadas*

Antes de empezar, quisiera agradecer a los organizadores de esta manifestación por haberme dado la ocasión de estar entre los aguafiestas que intentarán desbaratar el gran show mediático político de los "amos del mundo" que, protegidos por la policía y acompañados por su corte de periodistas, van a decirnos cómo ven el mundo.

Ese mundo que según ellos se encuentra en un proceso fatal de globalización es en realidad el producto de una política sistemática, organizada y orquestada. Esta política que comenzó a fines de los '70 en Estados Unidos –más exactamente en 1979, con las medidas aplicadas para elevar las tasas de interés, y que se extendió mediante una serie de iniciativas destinadas a desregular los mercados financieros en los grandes países industrializados– tenía como objetivo relanzar el alza de las tasas de beneficio sobre el capital y restaurar la posición de los propietarios, de los *owners*, con respecto a los administradores.

Estas medidas lograron consolidar la autonomía del campo financiero mundial, que comenzó a moverse según su propia lógica –la del puro beneficio–, independientemente de la evolución de la industria. De tal modo que las

---

* Mensaje difundido en Zürich el 27 de enero de 2001 en la cumbre "El otro Davos".

finanzas terminaron interviniendo poco en el funcionamiento del campo industrial. Sabemos, por ejemplo, que la contribución del mercado bursátil a la inversión es extremadamente débil.

Para producir ese campo financiero independiente que en cierta forma se sostiene en el aire y que sólo persigue el aumento permanente del beneficio hubo que inventar toda una serie de instituciones financieras destinadas a promover los libres movimientos del dinero. Y de lo que se trata es de retomar el control de dichas instituciones. No obstante, considero que para ello no alcanza con una simple medida de reglamentación, como parecen creer quienes luchan por la instauración de una tasa Tobin –con la cual estoy de acuerdo, evidentemente. No podríamos contentarnos con esa clase de medidas: debemos preguntarnos cómo instaurar verdaderos controles permanentes de estos procesos. Estoy pensando entonces en una acción política real, basada en una movilización que procure imponer límites.

Pero aunque sea tan necesaria, una movilización semejante resulta también muy difícil. En efecto, la política de globalización, que no es en nada fatal, está acompañada por una política de despolitización. Y la apariencia de la fatalidad es el producto de una acción permanente de propaganda –no hay otra palabra–, en la que participan y colaboran agentes sociales muy variados, desde los *think tanks* que construyen representaciones oficiales del mundo hasta los periodistas que las reproducen y las hacen circular. Se trata entonces de concebir una acción política capaz de luchar contra la despolitización y al mismo tiempo contra la política de globalización que para imponerse se apoya sobre la primera.

¿Cómo podría instaurarse y ejercerse un control real y eficaz sobre los mecanismos monetarios y las grandes con-

centraciones de capitales, como los fondos de pensión? Me parece que podría hacerse a través de los bancos centrales y en particular a través del Banco Central Europeo. Pero para regular estas instancias financieras habrá que retomar primero el control del aspecto político. Y sólo podría conseguirlo un movimiento social de envergadura que imponga la edificación de instancias internacionales enraizadas en un verdadero movimiento popular.

Me he referido a un movimiento popular: es cierto que vivimos una época en la que los dominados están desmoralizados, desmovilizados, en especial por la política de despolitización que antes mencionaba. Pero también está el hecho de que para los más vulnerables, aquellos a los que los discursos oficiales señalan como "los excluidos", los países desarrollados pusieron en marcha políticas muy sutiles de inserción que no se parecen a la inserción brutal y simplista –algo policial– del período anterior. Estas políticas pueden explicarse bajo el signo del proyecto: todo ocurre como si un cierto número de agentes –educadores, animadores, trabajadores sociales– tuvieran la función de enseñar a los más desprotegidos –en particular a los que terminan fuera del sistema escolar o del mercado de trabajo– algo así como una parodia del espíritu de empresa capitalista. Se ha organizado una especie de ayuda al estilo *self-help* que se adecua mucho al ideal político anglosajón. Para instaurar y ejercer eficazmente el control democrático no basta con reglamentos, ni con escritos educados o intervenciones amables. Hay que inventar una nueva forma de acción transnacional. ¿Por qué considero importante situar esta acción a escala europea, por lo menos al comienzo? Porque allí encontramos todo un conjunto de movimientos diversos, sindicatos, asociaciones, etc., que a pesar de su aspecto variopinto, de su apariencia desorde-

nada y dispersa, de sus discordancias, divergencias, rivalidades y conflictos, tienen mucho en común. Poseen una visión libertaria del mundo social, comparten el rechazo de las formas autoritarias de gestión y la voluntad de buscar una nueva manera de hacer política. También tienen en común un profundo internacionalismo, cuya aplicación privilegiada es el tercermundismo. Hay que superar pues las diversidades para movilizar una amplia corriente capaz de ejercer una presión incesante sobre las instancias gubernamentales nacionales e internacionales; y, para lograr alguna unificación provisional, es necesario dejar de lado las tentaciones hegemónicas que muchos movimientos sociales heredaron de la época pasada. Es menester exorcizar las tentaciones autoritarias para inventar formas colectivas de organización que permitan acumular vigor político sin caer en querellas y disputas intestinas.

Creo que este movimiento puede constituir la fuerza social que –a través de organizaciones flexibles y poco centralistas– reúna las energías progresistas del mundo entero y resista contra las fuerzas económicas dominantes para proponer una nueva utopía progresista. Efectivamente, hay que retomar el control del poder económico en la escala en que se manifiesta.

Pienso que el movimiento social europeo, tal como lo concibo, es decir, desprovisto de cualquier forma de europeocentrismo y firme en su tradición progresista de antiimperialismo y de solidaridad internacionalista, debería consolidar sus lazos con los países del Tercer Mundo, América Latina, Africa y Asia, de modo tal de agrupar todas las energías necesarias para que quienes suelen festejar en Davos estén siempre sometidos a esa espada de Damocles, presente en todo momento, en todo lugar y no sólo de tanto en tanto en algunos *happenings* heroicos. La

clave es construir una fuerza que esté allí permanentemente. Hay que instar a los organizadores de la resistencia a que se federen, a que se unan en una gran confederación europea que en mi opinión puede contribuir a crear una fuerza de resistencia y de control que esté a la altura de las fuerzas económicas y políticas agrupadas en Davos.

9

Por una organización permanente de resistencia al nuevo orden mundial*

Muchos son los que aquí se inquietan, se indignan y se rebelan frente al mundo tal como es, al mundo creado por los poderes económicos y políticos. Esos poderes, encarnados durante tanto tiempo por las figuras engañosas de galanes de serie B, hoy han tomado el rostro mezquino y cerrado de Bush.

Muchos son los que aquí, en Québec, pero también en Berlín, Tokio, Río de Janeiro, París y en todo el mundo resisten contra la política de "globalización", que con la "Cumbre de las Américas" ha alcanzado una nueva etapa, después de Seattle, Seúl y Praga. Porque así como esta reunión busca instaurar el libre comercio en el continente, la "globalización" que nos presentan como una *fatalidad*, destino inevitable de las sociedades, es una *política* destinada a imponer las condiciones más favorables a las fuerzas económicas.

¿Y qué es ese "libre comercio" al que aluden? Con sólo leer el Acuerdo General del Comercio y los Servicios [1] ya nos iluminamos. Pero, dicho sea de paso, ¿quién tendrá el coraje de leer esas miles de páginas deliberadamente con-

---

* Declaración transmitida el 4 de abril de 2001 a los manifestantes de la Cumbre de los Pueblos de Québec.

[1] *Cf.* capítulo III, 6. (N. del E.)

fusas, redactadas por expertos pagados por los grandes *lobbys* internacionales? No obstante, su lectura sirve para comprender que el objetivo es, ante todo, destruir todos los sistemas de defensa que protegen las más preciadas conquistas sociales y culturales de las sociedades avanzadas; para comprender que la finalidad es transformar en mercancías y en fuentes de beneficio todas las actividades de servicio, incluidas las que responden a necesidades fundamentales como la educación, la cultura y la salud. Las medidas de la OMC se aplican a servicios como las bibliotecas, el campo audiovisual, los archivos, los museos y a todo lo relacionado con el esparcimiento, las artes, los espectáculos, el deporte, el teatro, la radio, la televisión, etc. Para mostrar los efectos del ávido reino del dinero podría tomar el ejemplo del teatro o del cine –cada vez más abandonado a películas que embrutecen y maltratan al mundo entero–, pero me limitaré al ámbito del deporte, en el cual la lógica del beneficio, conectada con las radiodifusiones televisadas de los espectáculos deportivos, hizo desaparecer todo lo vinculado con el amateurismo –para empezar, la belleza del espectáculo– e introdujo la corrupción, la adicción, la concentración de recursos deportivos en manos de unos pocos clubes grandes capaces de pagar pases exorbitantes: estoy pensando en el fútbol.

Mencioné la destrucción de los *sistemas de defensa inmunitaria*, y precisamente de eso se trata. ¿Cómo no darse cuenta de que un programa como el de la OMC, que en las políticas destinadas a proteger las particularidades culturales nacionales y propias sólo ve un "obstáculo al comercio" –porque dificultan la tarea de las industrias culturales transnacionales–, tendrá como efecto impedir a la mayoría de los países –en especial a los menos ricos– un desarrollo adaptado a las particularidades y diversidades culturales?

La orden es someter todas las medidas nacionales, reglamentaciones interiores, subvenciones, instituciones, licencias, etc., a los veredictos de una organización que pretende hacer pasar las exigencias de los poderes económicos transnacionales por norma universal.

El mito del libre comercio entre socios iguales oculta, bajo la máscara de acuerdos internacionales amparados jurídicamente, la lógica brutal de las relaciones de poder que se afirman en la asimetría del *doble estándar*, dos pesos / dos medidas: esta lógica hace que los dominantes –en particular Estados Unidos– puedan recurrir al proteccionismo y a las subvenciones que ellos mismos condenan en los países en vías de desarrollo, imposibilitados por ejemplo de limitar las importaciones de un producto que causa grandes daños a su industria o de regular las inversiones foráneas. Extrañas leyes por las cuales los dominantes se colocan por encima de las leyes. Para referirse a estos contratos leoninos que dan al dominado el derecho de ser devorado por el dominante, los Kabyles [2] hablan del contrato del león y la burra.

¿Y acaso no pueden observarse en países como Canadá los efectos de los acuerdos de libre comercio entre poderes desiguales? ¿O analizar el efecto de dominación ligado a la integración en la desigualdad? Luego de la abolición de las protecciones que la dejaron sin defensa, principalmente en materia de cultura, ¿Canadá no está comenzando a padecer una verdadera integración económica y cultural con su vecino norteamericano? ¿La unión aduanera no logró quitarle a la sociedad dominada toda independencia económica y cultural frente a la potencia dominan-

2 Comunidad de Africa del Norte. (N. del E.)

te, con la consiguiente fuga de cerebros, concentración de la prensa, de la edición, etc., en provecho de Estados Unidos? Habría que analizar en detalle el rol particular que juegan las provincias francófonas de Québec en la resistencia contra este proceso: la barrera lingüística puede constituir una protección –otro ejemplo sería la comparación entre Inglaterra y Francia–; percibo un indicio en la contribución de los habitantes de Québec en la lucha contra la globalización: pienso por ejemplo en el rol de sus mujeres en la elaboración de la magnífica Carta de la Marcha mundial femenina.

De esta manera, todo aquello a lo que se alude con el nombre a la vez descriptivo y prescriptivo de "globalización" deriva no de una fatalidad económica sino de una política. Esta política es absolutamente paradójica ya que se trata de una *política de despolitización:* al emplear desvergonzadamente el léxico de la libertad, liberalismo, liberalización, desregulación, se busca conferir un carácter fatal a las determinaciones económicas, *liberándolas* de todo control, y obtener así la sumisión de los gobiernos y ciudadanos a las fuerzas económicas y sociales "liberadas". Contra esa política de despolitización hay que restaurar la política, es decir el pensamiento y la acción política y encontrar el punto justo de aplicación, que se sitúa fuera de las fronteras del Estado nacional, así como sus medios específicos, que no pueden reducirse a las luchas políticas y sindicales que se hallan en el seno de un Estado. Al acuerdo de los gobiernos de las dos Américas hay que oponerle un movimiento social de las dos Américas que convoque a todos los americanos del Sur y del Norte; proyecto que no resulta tan delirante como parece, si pensamos que los primeros movimientos de protesta contra la política de globalización surgieron en Estados Unidos, con Ralph Nader,

Suzan George o Lord Wallach. Este movimiento encontraría un aliado natural en el movimiento social europeo, que reúne a sindicatos, asociaciones de lucha e investigadores críticos de todos los países.

Y podríamos concebir así la formación de una organización permanente de resistencia capaz de oponer sus consignas –el boicot, por ejemplo–, sus manifestaciones, sus análisis críticos y sus producciones simbólicas, en especial artísticas, a la violencia sin rostro de las fuerzas económicas y de los poderes simbólicos que se ponen a su servicio en la prensa, la televisión y la radio.

10

Los investigadores y el movimiento social*

Responsabilidades intelectuales

Si hoy es importante que un cierto número de investigadores independientes se asocien al movimiento social es porque nos enfrentamos a una política de globalización. Esta política se mantiene en secreto en su producción y difusión. Y hace falta todo un trabajo de búsqueda para descubrirla antes de que se ponga en marcha. Además, esta política tiene efectos que podemos anticipar gracias a los recursos de la ciencia social, pero que a corto plazo son aún invisibles para la mayoría de la gente. Otro aspecto es en parte producido por los investigadores. La cuestión radica en si quienes prevén, por medio de su saber científico, las consecuencias funestas de esta política pueden y deben permanecer en silencio. O si no hay allí, en cierto modo, una suerte de no-asistencia a personas en peligro. Si es cierto que el planeta se encuentra amenazado por graves calamidades, aquellos que creen conocer esos desastres por adelantado, ¿no tienen acaso el deber de salir de la reserva que tradicionalmente se imponen los sabios?

---

* Intervenciones del 3 al 6 de mayo de 2001 en Atenas, realizadas bajo la égida de "Raisons d'agir-Grèce" en un encuentro con sindicatos e investigadores griegos.

La mayoría de la gente cultivada –sobre todo en ciencia social– todavía carga con una dicotomía que me parece completamente funesta: la distinción entre *scholarschip* y *commitment*, es decir, entre quienes se consagran al trabajo científico –según métodos especializados y en diálogo con otros sabios– y quienes se comprometen y utilizan su saber fuera de su estricto ámbito de aplicación. La oposición es artificial; de hecho, hay que ser un sabio autónomo que trabaje según las reglas del *scholarschip* para poder producir un saber comprometido, es decir, un *scholarschip with commitment*. Un sabio verdadera y legítimamente comprometido debe comprometer un saber. Y este saber sólo se consigue en el trabajo especializado, sometido a las reglas de la comunidad especializada. Dicho en otros términos, hay que deshacer un cierto número de oposiciones que están en nuestra mente y que no son sino diferentes formas de autorizar la dimisión: en primer lugar la del sabio que se repliega en su torre de marfil. La dicotomía entre *scholarschip* y *commitment* tranquiliza al investigador pues recibe la aprobación de la comunidad científica. Es como si los sabios se creyeran doblemente sabios por no hacer nada con su ciencia. Pero cuando se trata de biólogos, la cuestión puede ser criminal. Esta fuga hacia la pureza acarrea consecuencias sociales extremadamente graves. ¿Acaso la gente como yo, que obtiene un salario por parte del Estado para investigar, debería guardar prolijamente los resultados de su trabajo? En lo que uno considera que es un descubrimiento hay que priorizar la crítica de los colegas, ¿pero por qué reservar para ellos el saber colectivamente adquirido y controlado?

Creo que el investigador actual no puede elegir. Si tiene la convicción de que existe una correlación entre las políticas neoliberales y las tasas de delincuencia y todos los signos de aquello que Durkheim llamaba "anomia", ¿cómo

no va a decirlo? No sólo no habría que reprocharlo por hacerlo, sino que deberíamos felicitarlo. (Aunque tal vez yo esté exponiendo una apología de mi propia posición...)

Ahora bien, ¿qué hará este investigador en el movimiento social? En primer lugar, no dará lecciones (como hacían tantos intelectuales orgánicos que, incapaces de imponer sus mercancías en el exigente mercado científico, iban a actuar de intelectuales frente a otros no-intelectuales, diciendo que el intelectual no existía). El investigador no es ni un profeta ni un guía de pensamiento. Debe inventar un rol nuevo que es muy difícil: tiene que escuchar, buscar y crear; debe tratar de ayudar a los organismos que se plantean como objetivo –cada vez más a desgano, desafortunadamente, como sucede con los sindicatos– resistir a la política neoliberal; tiene que ayudarlos ofreciéndoles sus herramientas. Me refiero especialmente a los instrumentos contra el efecto simbólico ejercido por los "expertos" que obedecen a las grandes empresas multinacionales. Llamemos a las cosas por su nombre. Por ejemplo, la política educativa la decide la UNICE, el Transatlantic Institute, etc [2]. Basta con leer el informe de la OMC sobre los servicios para conocer la política educativa que tendremos en cinco años. El Ministerio de Educación se limita a seguir consignas elaboradas por abogados, sociólogos y economistas, y puestas en circulación luego de recibir los retoques jurídicos necesarios.

Los investigadores pueden también volcarse a algo nuevo, más difícil: estimular la aparición de condiciones organizacionales de producción colectiva que conduzcan a

---

[1] *Cf. Europe Inc. Liaisons dangereuses entre institutions et milieux des affaires européens*, CEO, Agone, Marseille, 2000.

la creación de un proyecto político. Después de todo, la Asamblea Constituyente de 1789 y la Asamblea de Filadelfia estaban compuestas por gente común que tenía alguna cultura jurídica, que había leído a Montesquieu y que inventó estructuras democráticas. Y hoy, de un modo similar, hay que producir hechos nuevos. Obviamente, alguien podría decir: "Están los parlamentos, la confederación europea de los sindicatos y toda la gama de instituciones encargadas de eso". No me tomaré aquí el trabajo de demostrarlo, pero me alcanza con señalar que en verdad no ayudan. Nosotros debemos crear las condiciones favorables para el cambio, y tendremos que superar muchos obstáculos.

¿Por qué habríamos de ser optimistas? Creo que podemos hablar en términos de probabilidades razonables de éxito, que en este momento es el *kairos*, el momento oportuno. Cuando exponíamos este discurso hacia 1995, no nos comprendían y parecíamos locos. Aquellos que, como Casandra, anunciaban catástrofes eran objeto de burlas, los periodistas los atacaban y recibían insultos. Ahora las cosas son distintas. ¿Por qué? Porque hubo todo un esfuerzo. Estuvieron Seattle y muchas otras manifestaciones. Y además, las consecuencias de la política neoliberal –que habíamos previsto abstractamente– comienzan a notarse. La gente empieza a entender... Incluso los periodistas más limitados y cerrados saben que una empresa que no produzca un 15% de beneficio debe despedir personal. Los augurios más catastróficos de los profetas de la desgracia –que simplemente estaban mejor informados que el resto– comienzan a realizarse. Esto ocurre tarde, aunque no demasiado. Es un punto de partida, ya que las catástrofes no han hecho más que iniciarse.

DARLE EFICACIA A LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

En mi opinión, un movimiento social europeo sólo tiene chances de ser eficaz si reúne tres condiciones: sindicatos, movimientos sociales e investigadores, siempre y cuando los integre y no se limite a yuxtaponerlos. Pienso que existen profundas diferencias de contenido y de medios de acción entre los movimientos sociales y los sindicatos europeos. Los primeros reanimaron objetivos políticos que los sindicatos y los partidos habían abandonado, olvidado o negado. Por otra parte, los movimientos sociales aportaron métodos de acción que los sindicatos, una vez más, habían olvidado, ignorado o rechazado. En particular los métodos de acción personal: las acciones de los movimientos sociales recurren a la eficacia simbólica, que depende, por un lado, del compromiso personal de los manifestantes, un compromiso que llega a ser corporal. Hay que correr riesgos. No se trata de desfilar, tomados del brazo, como hacen los sindicalistas cada 1° de mayo. Hay que actuar, ocupar locales, etc., y esto exige imaginación y coraje. Pero cuidado: tampoco es cuestión de caer en la "sindicalofobia"; los aparatos sindicales tienen una lógica que debemos entender. ¿Por qué les hablaría a los sindicalistas de cómo los perciben los movimientos sociales, y viceversa? Porque sólo cuando cada una de las asociaciones se vea a sí misma igual que como observa a las otras podrá superar las divisiones que contribuyen a debilitar grupos que ya de por sí son bastante débiles. A nivel global, el movimiento de resistencia a la política neoliberal no goza de solidez pues se halla segmentado: es como un motor que gasta 80% de su energía en calor, es decir, en tensiones, fricciones, conflictos, etc. Y que podría ir mucho más rápido y llegar más lejos...

Los obstáculos con que se enfrenta la creación de un movimiento social europeo unificado son muy variados. Están en primer término las diferencias lingüísticas: los patrones y los cuadros saben hablar lenguas extranjeras, los sindicalistas y militantes no tanto. Eso dificulta la internacionalización de los movimientos sociales o de los sindicatos. Y luego aparecen los inconvenientes ligados a las costumbres, los modos de pensamiento y la fuerza de las estructuras sociales o sindicales. ¿Y cuál puede ser el rol de los investigadores en todo esto? Trabajar en la *invención colectiva de las estructuras* que den origen a un nuevo mundo social, es decir, a nuevos contenidos, nuevas metas y nuevos medios internacionales de acción.